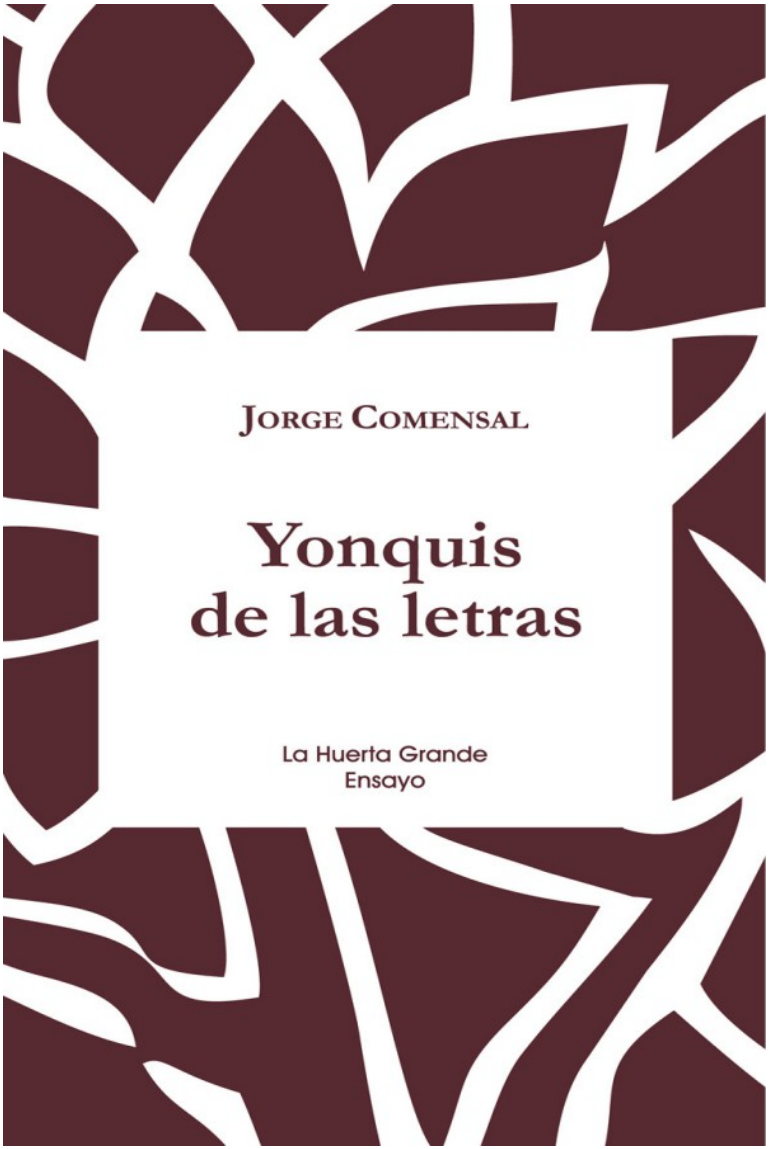
Jorge Comensal
Yonquis de las letras
La Huerta Grande
Ensayo

Yonquis de las letras

COLECCIÓN DE ENSAYO
La Huerta Grande

Jorge Comensal

yonquis de las letras

La Huerta Grande
EDITORIAL
2017

© De los textos: Jorge Comensal

© De la *Carta de Gian dei Brughi al autor*: Amelia de Paz

© De la ilustración: Alberto Durero, *Apocalipsis cum figuris* (1498)

Madrid, octubre 2017

EDITA: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición
ISBN: 978-84-17118-09-9

Diseño cubierta: Enrique García Puche para TresBien Comunicación

ÍNDICE

0 De todos los apetitos…

1 De vacaciones forzadas…

2 Los elogios de la lectura…

3 Antes de bajar a las raíces…

4 Hechos de los apóstoles…

5 Las letras son el agente…

6 La iglesia católica ha lidiado…

7 El loco sale en busca…

8 Estoy seguro de que san Pablo…

9 Samuel-August Tissot…

10 La raíz de esta locura…

11 He escrito que hay *momentos*…

12 Según cuenta Pausanias…

13 No pretendo hacer…

14 Leer no produce sensaciones…

15 La lectura y los sueños…

16 La mayor tristeza…

17 A veces me siento…

18 A sor Juana Inés…

19 Cuando leemos una obra…

20 El escritor, como cualquier…

21 Los libros no llevan prisa…

22 La verdadera soledad…

23 Mi última noche…

San Juan devora el libro de la vida, *xilografía de Alberto Durero*

Algunas fuentes

Carta de Gian dei Brughi al autor, *edición de Amelia de Paz*

A Elisa y David

En veces el mucho leer tupe la cabeza.
Roque Dalton

0

DE TODOS LOS APETITOS, leer es el más tramposo. Parece una costumbre inofensiva, pero tiene sus peligros y locuras, excesos y trastornos. Opio, bingo, sexo, tabaco, Biblia, marihuana… Los libros también enganchan la vida a su consumo. La historia de la lectura está plagada de sobredosis: san Pablo, don Quijote, sor Juana, Emma Bovary, Adolf Hitler. He reunido decenas de casos en un cuaderno que no verteré aquí exhaustivamente para evitar que este ensayo se convierta en un gabinete de curiosidades. Quiero, como todos los que venimos siguiendo los pasos de Montaigne, darme a entender a mí mismo —el ensayo como acto de narcisismo caníbal—. ¿Por qué aspiro a leerlo todo? Aquí busco una respuesta que tal vez sirva de espejo para otros lectores insaciables, compulsivos.

Por lo pronto reconozco que los excesos me resultan familiares. Mi abuela solía decir «Me gusta la copita» al borde de la congestión alcohólica. Mi padre volvía a casa dando tumbos y me encontraba, como siempre, a solas con un libro. «Estás loco», balbucía. Ninguno de los dos se percataba de cuánto nos parecíamos. Heridos por el mismo fuego, tratábamos de apagarlo con gasolina.

1

De vacaciones forzadas en el rancho de un pariente, al calor de una fogata concurrida, un tipo de bigote nietzscheano y cultura paleolítica me preguntó qué quería estudiar cuando fuera a la universidad. «Letras», le respondí con orgullo quinceañero. «Para eso no estudie —me dijo—, que yo se las enseño: a, b, c…». No me ofendió la broma simple sino la carcajada unánime que provocó. Sentí mi soledad elevarse al cuadrado. Para calmarme pensé en *Si te dicen que caí* de Juan Marsé, la novela que estaba leyendo. En medio del desierto de Coahuila, mi cerebro se fugó a Barcelona con Java y Sarnita; sin ellos el purgatorio de aquellas vacaciones habría sido un infierno. Muchas veces pasó lo mismo. La enfermedad, el luto y despecho, una adolescencia infame que recuerdo sin odio gracias a los libros. Mi dicha fue con ellos solamente, una vida de mierda con perfume de azahar.

2

Los elogios de la lectura suelen componerse de lugares comunes. En México, las campañas de promoción literaria recurren a toda clase de necedades para difundir el mensaje de que conviene leer «veinte minutos al día», como si hacerlo ayudara a bajar el colesterol, o de que «No hay mejor medicina que un buen libro», creencia que los diabéticos espero no compartan.

No es lo mismo un lugar común que un lugar de comunión. El primero inhibe el pensamiento, el segundo lo estimula. Decir que el *Quijote* es la mejor novela de todos los tiempos podría ser cierto, pero no sirve más que para encerrarla en una vitrina de prestigio inerte. Por el contrario, evocar episodios quijotescos cuando viene al caso siempre será un lugar de encuentro para sus lectores. Me acuerdo, por ejemplo, de cuando Sansón Carrasco, Sancho y don Quijote —lector compulsivo que enloquece— discuten a principios de la segunda parte de la novela sobre la composición de la primera, que para entonces ya andaba impresa por todos lados. El ingenioso hidalgo juzga «que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algún ignorante hablador, que a tiento y sin algún discurso se puso a escribirla». Aunque sabemos que el supuesto autor es el moro Cide Hamete Benengeli, no está mal pensar estas líneas como un guiño de autoescarnio: Cervantes confiesa haberse puesto a escribir el *Quijote* sin saber muy bien a dónde iba, improvisando dichos y hechos de tal suerte «que ha mezclado el hideperro berzas con capachos», como bien dice Sancho. Don Quijote teme que su historia resulte tan enredada «que tendrá necesidad de comento para entenderla», pero Sansón le asegura que «es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: "Allí va Rocinante"». Así, el *Quijote* no tardó en convertirse en lugar de comunión para *todo género de gentes*.

La lectura induce estados alterados de conciencia que pueden trastornar la mente. Que las letras enloquecen es un lugar común tan antiguo que ya aparece en la Biblia. Quiero ir desde ese lugar común hasta un lugar de comunión: el goce de esta locura. ¿Qué nos lleva a leer viciosamente? ¿Qué revela sobre nosotros, yonquis de las letras? ¿Quiénes somos, por qué nos odian? Buscar una respuesta tal vez sirva de elogio de la literatura. Con eso basta. El lector compulsivo vive mil años todas las noches. No está mal para una especie como la nuestra, obsesionada con la inmortalidad.

3

Antes de bajar a las raíces de esta locura, quiero subir a las ramas. Hay una que sobresale: la bibliofilia, el amor exagerado por el libro concreto y sus circunstancias: el año de la edición, los impresores, el tipo de papel, las ilustraciones…

Yo soy bibliófilo desde que tengo memoria. Si es verdad que todos llevamos a un niño dentro, el mío está amordazado. No he oído de él desde la cuna. Recuerdo cuando una chica que me gustaba en la pubertad me dijo que yo tenía el alma de un hombre de sesenta y tres años. No puedo olvidar la cifra, tan precisa y arbitraria, lacerante. Sesenta y tres. Por desgracia mi libido no era la de un sexagenario sino la de un joven sátiro, torturado por la falta de *sex appeal*.

Me consolaba leyendo y escribiendo como un poseso. Encerrado en alguna mazmorra cerebral —acaso en el tercer ventrículo, justo en medio de las amígdalas que administran las emociones— mi niño interior guardaba silencio, a solas con su miopía y sus migrañas, con sus zapatos ortopédicos y sus dientes desordenados como las tumbas del cementerio judío de Praga.

¿Por qué fue reprimido dentro de mí este efebo defectuoso? Hay razones dolorosas que la conciencia ignora. El caso es que me comportaba como un adulto sedentario, grave e introvertido. Buscaba refugio en la sombra, rehuía la compañía, devoraba libros inadecuados para un menor de edad: clásicos tenebrosos, novelas licenciosas, tratados de filosofía, monografías freudianas, poemarios de amor. Todas mis actividades juveniles estaban subordinadas a la lectura —y a la somnolencia producida por desvelarme leyendo—.

Cuando mi familia viajaba a la playa —o al rancho susodicho de mis parientes—, yo leía sin parar durante el trayecto, leía en los camastros junto a la alberca, bajo las sombrillas, en los corrales. Mi indiferencia hacia la vida campestre y las jóvenes en bikini era tal que mi padre concluyó que yo estaba loco o, peor aún, que era homosexual. Muchas veces me rogó que se lo confesara; «No pasa nada», me decía con homofobia mal disimulada. Yo negaba con la cabeza sin despegar los ojos del libro.

A diferencia del resto de los niños, que soñaban con llegar a ser futbolistas o estrellas de cine, yo quería ser papa. No «papá», pues los niños me disgustaban desde entonces, sino papa: Su Santidad, sumo pontífice, obispo de Roma, vicario de Cristo en la Tierra. Mi deseo no era

fruto de un catolicismo megalómano, sino de la pasión por los libros antiguos. No me interesaba vestir con ridícula opulencia ni ser vitoreado por las masas pecadoras. Lo que yo anhelaba era tener acceso irrestricto a la Biblioteca Apostólica Vaticana, sus archivos secretos, libros incunables y códices manuscritos.

Como Borges, me figuraba el paraíso «bajo la especie de una biblioteca», pero no de cualquier biblioteca, sino de la Vaticana, que contiene, entre muchas otras riquezas, el *Códice Borgia*, de origen mexicano, prehispánico, exquisito calendario adivinatorio, poblado por los dioses nativos de mi tierra: Ehécatl, Mictlantecuhtli, Tezcatlipoca —que en náhuatl significa «espejo negro que humea», lado oscuro de Quetzalcóatl —.

Nunca he dejado de fantasear con ver de cerca la inmolación de Dido en el *Vergilius Vaticanus* —siglo V—, que sobrevivió a la Edad Media en el monasterio de Tours y perteneció a Pietro Bembo y Fulvio Orsini; o extender, con manos trémulas, el bizantino *Rollo de Josué* que compró Ulrich Fugger, uno de los primeros multimillonarios del comercio, y que fue parte del botín saqueado a la Biblioteca Palatina de Heidelberg durante la Guerra de los Treinta Años. De aquel pillaje provienen decenas de tesoros que ahora reposan en el Vaticano, como el suntuoso *Decamerón* dedicado al duque de Borgoña Juan sin Miedo.

Quisiera mirar, aunque no entienda, el texto árabe de la *Hadith Bayad wa-Riyad*, novela de enredos del siglo XIII, escrita en el apogeo del islam. Y quisiera leer en voz alta los versos de la *Divina comedia* encargada por el duque de Urbino, Federico da Montefeltro, alrededor de 1480. Este noble bibliófilo también mandó elaborar una de las Biblias más bellas que existen, signada en la Biblioteca Vaticana como *Urb. lat. 1 y 2*, cuyas páginas son jardines de arabescos, orlas, aves y frutos que cuelgan de candelabros pintados con tinta de oro y plata. La austeridad de la tipografía gótica equilibra la exuberancia de los adornos e ilustraciones. Las páginas de esta Biblia son de una belleza digna de figurar junto a las obras de Botticelli y del Bosco, pintores muy influidos por el arte de la iluminación libresca.

Pienso que un viernes por la tarde, después de una tediosa audiencia con cardenales o diplomáticos, me dirigiría a la Biblioteca y pediría a mis súbditos que sacaran el *De laudibus Sanctae Crucis* de Rabano Mauro, confeccionado en el siglo IX e ilustrado con poemas visuales muy curiosos, juegos de letras superpuestas con imágenes como el retrato de Luis *el Piadoso*, hijo de Carlomagno.

Y un domingo temprano, antes de oficiar misa en San Pedro, iría a deleitarme con pasajes del códice *Rossiano 884*, que contiene el *De rerum natura* de Lucrecio, copiado por un joven llamado Nicolás de Maquiavelo. El descubrimiento de este manuscrito es significativo, pues indica que

Maquiavelo pertenecía al círculo de florentinos epicúreos que incluía a personajes novelescos como la poeta y erudita Alessandra Scala, y su marido el mercenario epigramista Michele Marullo Tarcaniota. De acuerdo con Stephen Greenblatt, la lectura de Lucrecio en aquella época fue uno de los leños que alimentaron el fuego profano del humanismo. Sin el culto a los libros clásicos el Renacimiento no habría existido —tampoco sin la expansión otomana y los estragos de la peste—. La modernidad es fruto de esos libros cuyos ejemplares más antiguos reposan en el Vaticano. Por eso yo aspiraba al papado. La pérdida de la fe me alejó de la carrera sacerdotal, pero no de la bibliofilia. Si no colecciono libros es solo por falta de presupuesto. El día que me gane la lotería correré a pujar en las casas de subastas para hacerme de manuscritos e incunables.

4

Hechos de los apóstoles: capítulo 26, versículo 24. Me lo sé de memoria. Es mi pasaje favorito de la Biblia después de Números: 11, 31, donde Jehová hace llover una cantidad obscena de codornices en el desierto. Hechos: 26, 24 no le sirve a herejes ni a fanáticos, suicidas ni catequistas. Por lo demás, Hechos es uno de los libros más aburridos de la Biblia. Pero tiene buenos momentos. Este es uno de ellos. Sucede en una audiencia judicial en Jerusalén. El prisionero Saúl de Tarso, mejor conocido como san Pablo, pronuncia una de sus características peroratas. El gobernador romano, Festo Porcio, harto de oír sus disparates, exclama: «¡Estás loco, Pablo! ¡Las muchas letras te han vuelto loco!». Los signos de exclamación, que no existían en tiempos del cristianismo primitivo, están justificados por la aclaración de que Festo interrumpió el discurso de Pablo «a grandes voces» para decir, literalmente, que el exceso de letras —τά πολλά σε γράμματα — lo tornaba a la manía —εἰς μανίαν περιτρέπει—. Vale la pena mirar el diagnóstico psiquiátrico de Festo en su versión original: «φησιν Μαίνῃ, Παῦλε, τὰ πολλά σε γράμματα εἰς μανίαν περιτρέπει».

Tenemos aquí uno de los pocos episodios de la Biblia donde figura el lado irreverente del ser humano. Por eso me gusta tanto. Además se trata del testimonio más antiguo de la creencia de que leer demasiado es peligroso. Sin ella no tendríamos el *Quijote* ni *Madame Bovary*; no tendríamos a Petrarca, sor Juana Inés de la Cruz, Giacomo Leopardi ni Jorge Luis Borges. La gente que me aprecia —mi novia y un par de tías abuelas— tal vez no me querría. Esta locura me constituye. Me la han diagnosticado quinientas veces. Oigo la voz de mi padre gritar «¡Ya no leas tanto!» como un Festo Porcio mexicano. Veo la repugnancia, siento las burlas, ante mi obstinación por estudiar Letras. Si algún letrado pasa por estas líneas seguramente recordará algo parecido.

Esta locura no es un desvío sino un exceso. La norma exige *saber* leer y leer *algo*. Pero nosotros *amamos* leer y leemos *mucho*, *demasiado* para el gusto de los *normales*. Con «locura» digo extravagancia, transgresión, desobediencia. No demencia ni psicosis, sino arrebato, concentración.

No bastan el relajo y la excentricidad para que haya locura. ¿Está loca Miley Cyrus por montarse desnuda en una bola de demolición y chupar lascivamente la cabeza de un martillo? En absoluto: con sus gestos ella obedece el mandato publicitario de sexualizar todas las cosas. La mayoría de los nazis tampoco estaban locos: Hannah Arendt nos ofrece una imagen

de Adolf Eichmann no como un sociópata malvado —como sí lo eran Hitler y Goebbels, también librómanos—, sino como un burócrata obtuso, bastante normal.

Como diría Óscar de la Borbolla en «Los locos somos otro cosmos», virtuoso cuento de *Las vocales malditas* escrito solamente con la vocal «o»:

> —No, doctor. No —sopló ronco Rodolfo—. Los *shocks* no son modos. Los locos no somos pollos. Los *shocks* son como hornos; son potros con motor, sonoros como coros o como cornos… No, doctor Otto, los *shocks* no son forzosos, son solo poco costosos, son lo cómodo, lo no moroso, lo pronto… Doctor, los locos solo somos otro cosmos, con otros otoños, con otro sol. No somos lo morboso; solo somos lo otro, lo no ortodoxo. Otro horóscopo nos tocó, otro polvo nos formó los ojos, como formó los olmos o los osos o los chopos o los hongos. Todos somos colonos, solo colonos. Nosotros somos los locos, otros son loros, otros, topos o zoólogos o, como vosotros, ontólogos.

Los locos somos los que toman *al pie de la letra* el mandato de nuestra cultura: ¡Lee! Así, las revoluciones modernas —protestantes, industriales, comunistas— han implementado la alfabetización como estrategia fundamental. Nosotros asumimos el papel de lectores con mucho celo. Somos el exceso marginado de la tribu literal.

En el fondo, los cuerdos nos envidian —*muy* en el fondo, pensarán algunos—. *Auto de fe*, de Elias Canetti, es la historia de un librómano, Peter Kien, que comete el error de casarse con Teresa, su ama de llaves, una mujer monstruosamente normal. Él es la caricatura de un erudito patético; ella, de una persona ordinaria. Hacia el final de la obra predomina la figura de Georges Kien, hermano y antítesis de Peter. De joven, aquel fue lector apasionado, pero no tardó en renunciar a sus «veleidades literarias». Se hizo ginecólogo y la fascinación por un loco lo condujo a la psiquiatría. Ganó fama en París. Se volvió director de un sanatorio. Le dice a sus colegas y aprendices:

> Vean ustedes, caballeros… qué necios y miserables somos, qué burgueses tan tristes e insensibles, comparados con este paranoico genial. Nosotros poseemos, él es poseído; nosotros nos alimentamos de experiencias ajenas, él de las suyas propias. Al igual que la Tierra, se mueve por su espacio en una soledad total. *Tiene derecho* a tener miedo. Al explicar y defender su trayectoria emplea más perspicacia que todos nosotros al justificar la nuestra. Cree en las quimeras que sus sentidos le proponen, mientras que nosotros desconfiamos de los nuestros. Los pocos que, entre los cuerdos, tienen fe, se aferran a experiencias que otra gente tuvo ya por ellos hace miles de años. Necesitamos visiones, revelaciones, voces —acercamientos fulminantes a las cosas y personas— y, cuando no las hallamos en nosotros mismos, recurrimos a la tradición. Nuestra propia miseria nos impulsa a tener fe. Otros, más pobres todavía, renuncian a todo esto. ¿Y él? Es Alá, el profeta y el Muslime en una sola persona. ¿Algún milagro deja acaso de serlo porque le peguemos la etiqueta de *paranoia chronica*? Vivimos encaramados sobre

> nuestra sólida razón como los avaros sobre su dinero. Mas la razón, tal como nosotros la entendemos, es un malentendido. ¡Si existe una vida puramente espiritual, es sin duda la que lleva este loco!

Cuando Elias Canetti escribió esto, alrededor de 1931, el furúnculo de la razón totalitaria estaba creciendo. Adolf Hitler, lector voraz al que volveré más adelante, subió al poder en 1933. *Auto de fe* se publicó en Viena en 1935. El título, alusivo a la Inquisición, vaticinaba la hoguera. Peter y Georges Kien son dos caras de la misma moneda, excesos que prefiguran la locura que estaba por venir.

5

Las letras son el agente psicodélico más poderoso que existe. Lo *psicodélico* manifiesta (δηλείν) la mente (ψυχή). Nada se compara con el trance literario. Los ácidos, los hongos y la ayahuasca pueden abrir las puertas de la percepción, como descubrió Aldous Huxley al probar la mezcalina —sustancia activa del peyote—, pero leer abre las puertas más profundas de la mente. Si los hongos perturban las sensaciones que le dan color al mundo, las letras influyen en las ideas con que pensamos.

Puesto que nuestra sociedad habita una casa de cimientos alfabéticos, estamos acostumbrados a la lectura y no concebimos sus efectos como trances psicodélicos sino como estados normales de lucidez. Pero esta ceguera es producto de la aculturación. Las letras son el filtro a través del cual miramos el mundo. El que vive siempre drogado olvida qué se siente estar sobrio. Así nosotros vivimos *leyendo el mundo*, aunque no estemos frente a un texto. En el fondo somos como los campesinos censurados por Mao Zedong cuando escribió: «Cualquier cosa que esté escrita en un libro es correcta: esa continúa siendo la mentalidad de los campesinos chinos culturalmente reaccionarios. Curiosamente, en el Partido Comunista también hay personas que siempre dicen en una discusión: "Muéstrame dónde está escrito en el libro"». Cristianos, musulmanes, ateos, hegelianos, economistas, paranoicos de la conspiración… todos nos dopamos con algún libro. Las letras son el tónico de la civilización.

El origen de esta farmacodependencia es lejano y rupestre. La caverna de Platón está en Cantabria, La Pasiega, con sus pintas ideomorfas del Paleolítico. ¿Qué lenguaje hablaban sus creadores? ¿Tenía sujeto y predicado, casos, preposiciones, pasado pluscuamperfecto? El habla se ha perdido para siempre. Los signos sobreviven.

Así como las lentes permitieron mirar cosas nuevas —lejanas y microscópicas—, las letras hicieron visibles nuestras ideas. Junto con el cerdo y la cabra, el trigo y la avena, el habla silvestre fue domesticada. Las tablillas sumerias son jaulas de lenguaje. Los trazos cuneiformes son barrotes de un reformatorio social. Yo, que soy un yonqui de las letras, loco de tanto esnifarlas, contemplo las tablillas de Uruk, Lagash y Babilonia como si se tratara del anillo de Sauron y yo fuera su Golum —*my precious*—.

Cualquier cosa puede causar adicción —menos el brócoli—. Hay ganchos fáciles —el opio y la Coca-Cola—. Las letras son más complicadas.

Exigen coadyuvantes: cierto temperamento obsesivo-compulsivo, una imaginación hiperactiva y algún trauma infantil. Cuando uno cumple estos requisitos y le da el golpe a las letras ya no hay marcha atrás.

Letras: voces que son rasgos, rasgos que son flechas, flechas que duran en el aire tanto como la tribu que sabe leerlas. Letras: garabatos, convenciones, «el dildo de la metafísica de la presencia», escribió Paul B. Preciado a la luz de Derrida —dos yonquis de la lectura—. Letras: estímulo visual que nos compulsa. Letras: la psicodelia. Pero no todo es feliz cuando se trata de la lectura. *Los dioses cobran caro lo que dan*.

6

Era aficionada a libros de caballerías… y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo no me parece tenía contento.

Teresa de Ávila, *Libro de la vida*

La iglesia católica ha lidiado con los lectores compulsivos haciéndolos santos o herejes, según su conveniencia: Pablo, Agustín, Teresa; Hus, Savonarola, Lutero… ¿Por qué son estos desquiciados los portavoces o enemigos de la religión oficial? Acaso porque fueron los verdaderos adalides de la fe, los que mostraron una entrega sin condiciones, un compromiso absoluto con algo más importante que ellos mismos. O porque la iglesia católica es una forma institucional de locura de las letras.

San Pablo, príncipe de los yonquis literarios, explica en su primera epístola a los Corintios —1, 18—: «Porque la palabra de la cruz es locura para los que se pierden; pero para nosotros, que somos salvos, es poder de Dios». Y luego pregunta, dos versículos adelante: «¿No ha enloquecido Dios la sabiduría de este mundo?». Claro que sí.

La religión es suelo fértil para la locura de las letras. Los yonquis de la Biblia son legión. Fui amigo de uno de ellos. Era un notario calvinista, cuarenta años mayor que yo. Me llamaba por teléfono a las horas más indecentes para decirme que estaba muy preocupado por la perdición de mi alma. Yo le pedía que no se mortificara, pues mi alma ya no se perdía desde que inventaron Google Maps. Mis chistes no le hacían gracia —temo que a ustedes tampoco—. «Está escrito», me respondía con tono de profeta, y luego de invocar un puñado de versículos probatorios, remataba con el Apocalipsis —20, 15—: «Y el que no se encontraba inscrito en el Libro de la Vida fue arrojado al lago de fuego». Libro de la Vida: qué idea más alfabética, típica de nuestra civilización.

A veces mi amigo calvinista también llamaba para lamentarse por la necedad de su madre, una anciana más perdida que yo. Era devota de la Virgen de Guadalupe, ídolo mestizo que los protestantes mexicanos aborrecen. ¿Por qué, si resultaban tan engorrosos sus intentos de evangelizarme, cultivé su amistad? Porque éramos dos librómanos hambrientos de compañía. Tratábamos de convencernos mutuamente con citas bíblicas. La pasábamos bien. Era un duelo sabroso de lecturas. Él

buscaba profecías y yo, contradicciones; él creía que las Escrituras eran sagradas, verdaderas, normativas y edificantes; yo creía que eran profanas, mitológicas, opresivas y depravadas. Apostábamos todo a lo que «está escrito». Yo amaba unos libros con locura —novelas, poemarios— y él amaba otros —evangelios y panfletos creacionistas—.

A partir de este ejemplo podría pensarse que el vicio de las letras es inofensivo, pero grandes y terribles decisiones se han justificado con base en lecturas demenciales de la Biblia y de otros libros mucho más estúpidos, como la impostura que la policía zarista tituló *Los protocolos de los sabios de Sión* y que Hitler leía con fruición. A muchos héroes y villanos del pasado se les pudo haber dicho: las muchas letras te vuelven loco.

¿Por qué resulta tan fácil creer lo que «está escrito»? Acaso porque las letras simbolizan el mandato original de la cultura. La primera experiencia infantil de autoridad pública, de vida civilizada, se da en los colegios donde se enseña a leer y escribir. La vida urbana está regida por las letras: leyes, libros sagrados, anuncios, señales de tránsito, periódicos, revistas de moda y chisme. No fueron los arcabuces españoles los que conquistaron Mesoamérica, fue el alfabeto que traían los capitanes y misioneros. Buena parte de la existencia moderna se consume leyendo y escribiendo cartas, noticias, cheques, contratos, manuales, novelas, obituarios. Si Dios dijo en el principio *Fiat lux*, nosotros lo pusimos por escrito.

7

De leer el romancero,
ha dado en ser caballero
por imitar los romances,
y entiendo que, a pocos lances,
será loco verdadero.

Anónimo, *El entremés de los romances*

El loco sale en busca de sí mismo y no encuentra el camino de regreso. El loco se sale de sus casillas porque no cabe en ellas, porque su vida es poca para tantas ganas. Por eso se entrega a imaginar y olvida que estaba imaginando. Percibe sin objetos —alucina—, adultera lo percibido —se ilusiona— y llega a conclusiones disparatadas —delira—. En su tratado clásico sobre las locuras razonantes, Paul Sérieux y Joseph Capgras dan un par de ejemplos que ilustran estas distinciones: «Un místico que ve a la Virgen aparecérsele en medio de las tinieblas es juguete de una alucinación. Don Quijote, cuando toma los molinos de viento por gigantes, es víctima de una ilusión». El delirio comercia, desde la razón extraviada, con ambos fenómenos perceptivos. Un razonamiento paranoico puede hacernos creer que alguien murmura sobre nosotros cuando en realidad está elogiando una buena fabada.

Don Quijote, mientras discute con el canónigo sobre la historicidad de «aquella infinidad de Amadises» que hay en las novelas de caballerías, se acuerda de cuando su abuela paterna le decía «Aquella, nieto, se parece a la dueña Quintañona», como si ella hubiera conocido a la alcahueta de Lanzarote y Ginebra, esposa del rey Arturo en la leyenda. Siempre imaginamos viejo a don Quijote, pero alguna vez fue niño y anduvo de la mano de su abuela por un mundo feudal que caducaba. Estos detalles humanizan al hidalgo y nos ayudan a entender por qué enloqueció. Acaso lo perdió la nostalgia de ese mundo que compartió con su abuela en las horas más felices de la infancia.

¿Cómo es posible que el *Quijote*, caricatura de la locura de las letras, sea una de las ficciones más brillantes y universales que existen? Hay muchas respuestas atinadas, pero ninguna de ellas puede prescindir de Sancho Panza. Sin él, don Quijote sería un simple artefacto de burla cervantina. Con Sancho, don Quijote es parte de una dualidad tirante que habita en cada uno de nosotros: caballero y escudero son proyecciones

literarias del choque entre una moral caduca, cristalizada por los libros de caballerías y sus valores feudales, y una moral naciente, sensata y espontánea, sin otra brújula que el sentido común. El *Quijote* es moderno porque desarma al hidalgo y enaltece al hombre llano, que en la novela se tratan —y quieren— como iguales: un rústico elevado y un noble *humillado* en el sentido más cordial de la palabra.

¿Cómo fue posible esta destrucción modernizadora de los estamentos medievales en la novela? Fue precisamente un delirio lector el que despojó al hidalgo de sus bienes y lo arrojó al mundo en compañía de un «labrador vecino suyo» (I, 7), que una líneas más abajo se vuelve «escudero de su vecino». Este énfasis en que don Quijote y Sancho era vecinos me parece indicativo de la igualdad humana entre ambos, un guiño modernizador como muchos otros que encuentro en la novela.

Alonso Quijano aparece como un terrateniente desobligado. Tras vender sus propiedades para comprar libros, volverse caballero andante puede interpretarse como un acto desesperado por recuperar la identidad perdida al tratar la tierra como mercancía, hecho insólito en el universo feudal donde habita su imaginación:

> Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso —que eran los más del año—, se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y, así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y, de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas entricadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: «La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura». Y también cuando leía: «Los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza…». Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mesmo Aristóteles, si resucitara para solo ello (I, 1).

La venta de tierras productivas con el fin de comprar libros improductivos me parece un hecho crucial, pues representa una traición al feudalismo celebrado por la literatura caballeresca. Los caballeros y señores feudales habían sido analfabetos, pero don Quijote sabe leer, y leyendo se despoja, literalmente, de su lugar en el mundo.

En un gesto inconfundible de evasión psíquica, Quijano se desvela tratando de desentrañar el sentido de «entrincadas razones» que ni el mismo Aristóteles, patrono filosófico de Cervantes, habría entendido.

Quijano se ha vuelto obsoleto por partida doble: es un terrateniente sin tierras y un hidalgo cuyos servicios militares ningún señor feudal ha de requerir. Por eso, después de intoxicarse con novelas de aventuras feudales, sale a buscarse a sí mismo como garante de un sistema de valores anticuado.

Buscándole sentido a la existencia, el ingenioso hidalgo se confronta con un vacío enloquecedor: «La razón de la sinrazón que a mi razón se hace…», y tratando de descifrar esta parodia de la prosa alambicada de las novelas de caballerías, se le secó el cerebro y dejó de leer. Nótese que, en sus viajes, don Quijote no dedica tiempo a la lectura. Se vuelve un hombre de acciones y discursos, duelos y ceremonias, siestas y convites. No se retira en las ventas a leer en silencio. Ha vuelto a ser analfabeto. Esto no se menciona mucho, pero me parece el síntoma esencial del quijotismo. Lo peligroso, enseña mi *Quijote*, no es leer demasiado sino dejar de leer, porque el cerebro, yonqui de las letras afectado por el síndrome de abstinencia, empieza a actuar como si La Mancha fuera un libro abierto en el que nada es lo que parece: el seso quijotesco ve las cosas —los molinos — como símbolos arbitrarios que contienen un sentido oculto, pero legible —los gigantes—. Aquí empieza el delirio.

8

Estoy seguro de que san Pablo era un pesado. Proclive a sermonear, pedante y aburrido. Hechos: 20, 7-12 cuenta que un pobre muchacho llamado Eutico se quedó dormido por culpa de una homilía interminable de Pablo. Como Eutico estaba sentado en el pretil de una ventana, el sueño lo precipitó a la calle desde un tercer piso y murió al caer. Pablo bajó corriendo a resucitarlo y Eutico volvió a la vida —no queda tan claro si esa vida era terrenal… pobre Eutico—. El incidente no caló muy hondo en el soporífero Pablo. Como buen loco de letras, se la pasaba citando el Antiguo Testamento en sus prédicas y epístolas, y su obra se convirtió en motivo de locura para muchos lectores.

Entre ellos sobresale san Agustín de Hipona, pues su conversión al cristianismo se dio de una manera bastante letrada. Nos la cuenta en sus *Confesiones*, una obra realmente espléndida, de lo mejor de la literatura de la época Patrística. Estaba un día Agustín llorando bajo una higuera, quejándose de sus tribulaciones espirituales, cuando escuchó una voz blanca de niño que repetía cantando: «Toma y lee; toma y lee». Hay que estar muy enganchado a las letras para alucinar con una voz angelical que ordena leer. Agustín lo estaba —su inmensa obra filosófica da cuenta de ello— y acató el mensaje *al pie de la letra*: tomó el códice de la Biblia, lo abrió al azar y leyó en silencio —cosa rara para una época en que la lectura parece ser que era una actividad en voz alta— «capitulum quo primum coniecti sunt oculi mei», es decir, se inyectó las primeras letras que pudo por los ojos, y resultó que la dosis fue un pasaje moralizante de la Epístola de Pablo a los romanos: 13, 13. Su vida cambió por completo. Renegó de sus lecturas juveniles, en las que se había enterado de tonterías como «los errores de no sé qué Eneas» (I, 13, 21), frase con que evidencia su desprecio hacia la cumbre virgiliana de las letras clásicas. Agustín se volvió un cristiano beligerante y un filósofo extraordinario, cuyas doctrinas sobre la salvación y la gracia acabarían por inspirar a uno de sus lectores más acuciosos, el monje agustino Martín Lutero, a romper lazos con la puta de Babilonia —que se decía santa, católica y apostólica—.

La revuelta luterana también fue posible gracias al concurso de la imprenta de tipos móviles, que permitió la difusión de libros y libelos por toda Europa. La droga del clero se viralizó. Inspirado por John Wycliffe, Jan Hus y otros promotores de la lectura doméstica de la Biblia, Lutero tradujo las Escrituras al alemán y fomentó su uso cotidiano, lo cual dio

lugar por primera vez en la historia a una cultura que fomentaba la alfabetización general.

Tan pronto como la imprenta se derramó más allá de las orillas del Rin en las que fue inventada, la lectura comenzó a popularizarse entre los burgueses. En su historia de *L'apparition du livre*, Lucien Febvre y Henri-Jean Martin cuentan que en 1460, pocos años después del invento revolucionario, un burgués llamado Louis Garin aconseja en verso a su hijo sobre el peligro de excederse con la lectura:

> Leer historias y libros bellos
> es un pasatiempo agraciado;
> mas no leas tanto que te embriagues:
> a otros los ha hecho miserables,
> amar demasiado [los libros] no es para los mejores,
> para la gente que se dedica a la mercadería…

En 1494, el humanista alsaciano Sebastian Brandt publica la invectiva titulada *La nave de los locos*, una colección de sátiras sobre caracteres grotescos de su época. El capítulo inicial es el retrato de un bibliómano, apasionado coleccionista de libros ridiculizado por su afán, más que de leer, de poseer libros y ostentarlos.

El mundo germánico fue el epicentro de la locura de las letras impresas con tipos móviles. En *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán* (2007), Rüdiger Safranski nos dice que «A finales del siglo XVIII, el exceso de lecturas se convierte casi en una epidemia dentro de los círculos de la burguesía y de la pequeña burguesía. Pedagogos y críticos culturales empiezan a quejarse de ello. Es difícil controlar lo que sucede en la persona que lee; sin duda, se ocultan en ella excitaciones y fantasías». La primera culpable de esta epidemia es, por supuesto, la alfabetización: entre 1750 y 1800 se duplicó el número de personas que sabían leer en Alemania.

El ocaso del Antiguo Régimen, guillotinado por la Revolución Francesa, agita la imaginación y refresca la atmósfera intelectual europea. Safranski apunta que entre «1790 y 1800 aparecen en el mercado 2500 títulos de novelas, la misma cantidad que en los noventa años anteriores». Se trata de una verdadera revolución literaria con secuelas imprevistas: en 1774 Goethe publica *Las cuitas del joven Werther*, novela epistolar que puso de moda entre los jóvenes el pantalón amarillo, el frac azul y el suicidio con arma de fuego.

Es muy fácil hallar yonquis de letras en la Alemania protestante de aquellos tiempos. El movimiento romántico y sus principales protagonistas, los Schlegel, Schiller, Novalis, Schleiermacher, Tieck y Hölderlin, fueron lectores maníacos, locos cuyos delirios se convirtieron en paradigmas de la cultura occidental. Ludwig Tieck, por ejemplo, se distinguió por ser un

lector extremadamente precoz: a los cuatro años ya leía la Biblia y en la adolescencia ya había traducido dos veces la *Odisea*. Leía y escribía sin pausa. Probó todos los géneros. Tradujo el *Quijote* al alemán. Cuenta Safranski que cuando el joven Tieck se entregó frenéticamente a hacer lo mismo con Shakespeare, su padre le dijo: «¡Solo faltaba esto para volverte completamente loco!».

El pastor Johan Georg Tinius llevó las pasiones paralelas de la lectura y la bibliofilia a extremos criminales. Nacido en 1764 en la Baja Lusacia, al este de Alemania, Tinius se convirtió en predicador y gran coleccionista de libros. Su pasión por el estudio lo condujo a dilapidar la fortuna de su esposa en adquirir volúmenes, y cuando ya no tuvo recursos para seguir acumulando libros, comenzó a asaltar viajeros y acabó por asesinar a varias de sus víctimas. Su amor por las letras y su desprecio hacia sus conciudadanos y feligreses es un caso peregrino de infatuación por objetos bastante modestos: los libros impresos; por más elegantes que sean sus encuadernaciones, no son más que bultos rectangulares de celulosa. Bastan algunas termitas, descritas en el portal de internet de una compañía de control de plagas como las «lectoras» más voraces, para dar al traste con una biblioteca entera.

Tinius buscaba en los libros una riqueza incapaz de acarrearle beneficios mundanos. ¿Qué era esa riqueza? Algo que estaba en los frutos que Yahvé le prohibió a sus criaturas instaladas en el zoológico vegetariano llamado, de manera bastante tramposa, Jardín de las delicias: el Conocimiento. Mi tocayo Georg fue el peor de los blasfemos, pues el deseo de saberlo —morderlo— todo es una transgresión. Internet, por eso, se parece tanto a Satanás. El saber suele pudrir las devociones. Las bibliotecas son caldos de cultivo para ateos. No sabemos si Tinius perdió la fe en Dios. Cuando lo capturaron en 1813, sus manos estaban cubiertas de sangre y su biblioteca contaba con más de sesenta mil títulos diferentes.

Conforme avanza el siglo XIX, el optimismo de la cultura burguesa empieza a ponerse rancio. Viene la época de los malditos y decadentistas. Intoxicados por la misma podredumbre, los yonquis de letras decadentes enferman de verborrea. Muchos de ellos terminan cometiendo *suicidios lógicos*. Miguel Morey describe tres casos muy parecidos en la precocidad filosófica y el suicidio: Philipp Mainländer (1841-1876), Otto Weininger (1880-1903) y Carlo Michelstaedter (1887-1910).

El joven Mainländer obtuvo sus primeras dosis de pesimismo existencial de Giacomo Leopardi, poeta romántico cuya juventud «de estudio loco y desesperadísimo», arruinó su salud física para siempre, como le confesó en una carta a su amigo Pietro Giordani. Las travesuras juveniles de Leopardi consistían en componer poemas en latín y griego antiguo y hacerlos pasar por hallazgos filológicos; a los dieciséis años se burló de la ignorancia de los autores clásicos en un *Ensayo sobre los errores*

populares de los antiguos. Con una salud tan frágil y un humor tan singular, casi sobra decir que Leopardi nunca conoció el amor correspondido. Murió de amargura antes de cumplir cuarenta años, después de haber escrito numerosos ensayos y un puñado de *Cantos* melancólicos, entre los que sobresale, por su lirismo erudito, una oda dedicada al filólogo Angelo Mai, que acababa de descubrir una obra perdida de Cicerón.

Pero no fue Leopardi el principal responsable del suicidio lógico de Mainländer, sino Arthur Schopenhauer —cuyo ensayo «Sobre la lectura y los libros» no comento para no hartarnos de digresiones—. Mainländer describió el mes de 1860 que pasó leyendo *El mundo como voluntad y representación* como el más importante de su vida.

Durante años, empleado en el negocio de su padre, Mainländer leyó cuanto pudo y escribió poesía sentimental muy mediocre. Deseoso de emancipación, entró a trabajar en un banco con la esperanza de hacer fortuna. Una crisis bursátil arruinó sus planes en 1873. Renunció al banco, se enlistó en el ejército, donde no duró mucho, y comenzó a escribir febrilmente memorias, relatos y un mamotreto pesimista que tituló *Filosofía de la redención*.

El fracaso mundano de sus ambiciones y de su tratado filosófico lo llevaron a sufrir delirios megalómanos y a acabar con su vida de forma muy libresca: apiló un montón de ejemplares de *Filosofía de la redención* y se subió en ellos para colgarse de una viga del techo. Saltó desde la cima de su oscura metafísica y murió ahorcado la noche del primero de abril de 1876.

Los casos de Weininger y Michelstaedter son muy semejantes. El primero se suicidó tras publicar la rarísima y misógina tesis doctoral *Sexo y carácter* (1903), y el segundo tras enviar por correo su tesis, *La persuasión y la retórica*, al Ateneo florentino (1910). El primero se dio un tiro en el corazón y el segundo en la cabeza.

9

Samuel-August Tissot, médico suizo del siglo XVIII, escribió, entre otros libros provechosos como *El onanismo. Disertación sobre los males producidos por la masturbación*, un curioso *Aviso a los literatos* sobre los efectos de esa masturbación intelectual que es el estudio. Ahí refiere que Herman Boerhaave, médico holandés muerto en 1730, «que vivió largo tiempo en una población donde se cultivan mucho las letras, dice: que el estudio destruye el estómago, y que si no se remedia, puede degenerar el mal en Melancolía». Es un motivo antiguo asociar la lectura con la melancolía, ese luto perenne que muchos han reconocido en don Quijote.

La admonición contra el exceso de letras, justificada por casos como los que esbocé en el capítulo anterior, recorre los siglos y queda plasmada en muchas novelas: Catherine Morland, la protagonista de *La abadía de Northanger* (1818), de Jane Austen, que interpreta los hechos a través del filtro de las novelas góticas que ha leído; Julián Sorel en *Rojo y negro* (1830), de Stendhal, cuyo padre lo golpea por hallarlo leyendo en el aserradero, distraído del trabajo, que enloquece leyendo sobre las victorias de Napoleón, y que podía citar de memoria largos pasajes de la Biblia; Emma Bovary, la máscara de Flaubert, que descubre la insipidez de su vida saboreando historias románticas (1856); Dorian Gray (1890), envenenado por la lectura obsesiva de *À rebours* de Huysmans, suma del decadentismo; Peter Kien, nuestro conocido sinólogo, calcinado por la pasión libresca (1935); el presidiario de *Las palmeras salvajes* (1939) de Faulkner, que planeaba sus asaltos bancarios inspirado en novelas policiacas; la Isabel II de Inglaterra de *The Uncommon Reader* (2007), de Alan Bennett, que trastorna todos los protocolos reales cuando se aficiona a leer novelas…

¿Por qué hay tantos locos por las letras en los libros? Acaso porque estos son su hábitat natural, porque los escritores siempre empiezan por ser lectores obsesivos y proyectan en ciertos personajes su propia compulsión. La adicción a las letras suele representarse sin animadversión, como una extravagancia risible o un vicio de carácter que apenas merece un reproche. Nadie parece tomársela en serio. Es como si los novelistas, tan buenos para destripar la psicología de sus personajes, fueran incapaces de auscultarse a sí mismos. No los culpo. Hay pocas cosas más difíciles que mirarse con rigor en el espejo. No resulta sencillo mantenerse imparciales ante la propia imagen, lejos tanto del espanto como de la fascinación. ¿Quiénes somos en realidad los yonquis de las letras, por qué leemos con

tanta urgencia, como si la vida nos fuera en ello? ¿De qué vida estamos hablando, si nos la pasamos leyendo? ¿De dónde tanto ahínco, para qué?

10

La raíz de esta locura es el extrañamiento. Si lo que nos rodea es ajeno a lo que nos anima, leer permite fugarnos a otras cabezas y situaciones, tiempos y latitudes. Deseamos tanto para obtener tan poco. El mundo es demasiado grande y viejo para quedarnos solo con lo que hay a mano. Queremos ser algo más profundo y duradero que los jueves al dos por uno, los viernes de fiesta y los domingos de futbol. Nos mueve —nos aísla— la honda ineptitud para conformarnos. Tenemos la imaginación desviada hacia lo grandioso y peregrino: los viajes de Odiseo, los amores de Adriano, la lucha en el Gulag.

De ahí que busquemos en las letras vivencias más perdurables. El diamante que no se opaca, el oro que no se oxida. Los clásicos: tesoros que no se devalúan con el paso del tiempo. Al contrario: los clásicos —vestidos, automóviles, pinturas, novelas— tienen plusvalía. Poseen valor sagrado que aumenta con el tiempo. Las reliquias medievales más codiciadas eran tejidos humanos que milagrosamente no se pudrían. Las pirámides, mausoleos, palacios y catedrales también fueron hechos para durar, para dar refugio a nuestro deseo de permanencia —por lo menos al de las clases dominantes—.

Los clásicos de la literatura son jardines de comunión que el canon convierte en cementerios comunes: los diez más vendidos, los cien libros que tienes que leer antes de morir. El canon, cuya manifestación más prominente es la Biblia *canónica*, tiene el propósito de excluir lo incómodo, lo incierto, lo que nos angustia porque no sabemos cómo juzgarlo. El canon es una forma de la taxidermia. Los clásicos viven, se esconden y regresan, se transforman y nos intoxican. Su hallazgo nos sorprende porque anula el tiempo que nos separa de su origen. Tienen cutis de vampiro, viven de nuestra sangre, de nuestras pasiones eternamente repetidas. Y cuando nuestra sangre entra a los clásicos nos hacen perdurar por metonimia, somos en ellos milenarios, inmortales. Las letras clásicas son agua de la fuente de la eterna juventud. Por eso perduran: nos enganchan. Hacemos lo que sea por conseguirlos, necesitados de dosis cada vez más grandes. De ahí que haya tribus de virgilianos, cervantistas, gongoristas, sorjuanistas. Vivir con ellos apacigua la angustia de perecer. Cuando el joven Maquiavelo se puso a copiar ávidamente el poema de Lucrecio era como el deportista que corre todas las mañanas huyendo de la vejez.

Los clásicos no actúan gradualmente. Cuando uno se topa con una línea punzante, el texto se nos inyecta de forma intravenosa y nos provoca de golpe el subidón. Sudor y taquicardia, pupilas dilatadas. Muchas obras geniales comienzan con frases punzantes. Son famosas las de *Moby Dick*, *Cien años de soledad*, *Pedro Páramo*, la *Divina comedia*, *Anna Karenina*, el *Quijote*. Otros libros tienen sus anzuelos más ocultos. En los clásicos abundan, y por eso nos atrapan como grandes redes de pesca. Esta imagen es mala. No son anzuelos: no nos engañan ni nos lastiman ni son preámbulo de la muerte. Son otra cosa esas frases que subrayamos con enjundia, que nos hacen doblar la esquina de las hojas para volver con facilidad al sitio de la dosis, la página del *fix*. Esas páginas no son anzuelos porque no actúan de forma tramposa; nos hieren sin disimulo, resplandeciendo. Y por la herida que abren brota el alma, su interior. Por eso les sienta bien el nombre de psicodélicas. El lector se vierte en las letras y se mira por dentro. Menudo espejo es el libro que nos inyecta lucidez.

Oscar Wilde escribe en el prefacio a *El retrato de Dorian Gray*: «El arte lo que en realidad refleja es al espectador y no la vida». Es un reflejo que no envejece, como el retrato de Dorian, un rostro sin arrugas. Aspiramos, de nuevo, a ser algo que no muere. Esta ambición es un corolario del instinto de supervivencia. En la literatura hay momentos donde somos inmortales. ¿Cómo no avorazarnos, insaciables, leyendo sin parar?

11

He escrito que hay *momentos* de eternidad en la literatura porque la literatura es un arte del tiempo; no se halla en el espacio como una escultura o una pintura. Estos momentos de eternidad se asocian con lo que Roland Barthes llamó *punctum* de una fotografía, eso que «sale de la escena como una flecha y viene a punzarme». El *punctum* suele ser una parte minúscula de la obra, un detalle. Como todo punto, es inextenso, indivisible, es algo que cabe completo en la conciencia, un todo que reverbera. La herida abierta por una *punta* aguda: un pinchazo que nos agujerea, un rasgo de la fotografía, un verso del poema. Dice la *Katha-upanishad*: «Hacia fuera perforó el ególatra sus orificios, por eso miramos hacia fuera, no hacia dentro de uno mismo» (4, 1). Los ojos apuntan hacia fuera y para mirar el alma cifrada en los nervios hace falta algo que pinche nuestro cráneo y la deje salir. Una obra necesita *punctum* para fungir como agente psicodélico.

¿Cómo expresar qué se siente el *punctum* literario? Una carta de amor es el mejor ejemplo. Joan Margarit aconseja en un poema que «No tires las cartas de amor» porque «caerán los años y te aburrirán los libros… las cartas de amor que hayas guardado / serán tu última literatura».

En la escuela secundaria tuve una novia de ojos devastadores que después de leer la primera carta que le escribí me dijo que yo usaba palabras muy raras, que no las entendía. Mi siguiente carta de amor se la entregué acompañada de una flor y un diccionario. Sobra decir que el noviazgo, como dicen los católicos, nunca se consumó.

Por lo demás, las cartas nos conmueven de manera muy profunda, más viva que la voz. No hay peor rechazo que el escrito. Para ese no hay olvido. La navaja del «Qué lindo, muchas gracias, pero no» se ensaña con la memoria. Las cartas de rechazo son como nopales con espinas de tanto *punctum* doloroso. Y las cartas de amor mentido tienen efectos punzantes de coñac: borracheras dulces, crudas espantosas.

Escribir cartas de amor es peligroso. Si uno se deja ir por el tobogán de la retórica, acaba jurando cursilerías e hipérboles desastrosas. Hay que templar la pluma, más fácil que la boca para mentir. El hecho de ser zurdo me ayuda a refrenarme, pues tengo que escribir muy lento si no quiero correr la tinta, y la demora me permite sopesar cada palabra. Hay que ser especialmente cuidadoso con los adverbios radicales como «siempre», «nunca» y «eternamente».

El cuerpo queda escrito en las cartas: un perito caligráfico puede saber si el autor de un manuscrito era hombre o mujer, diestro o siniestro, gordo o flaco —y un grafólogo puede inventar si era enojón o depresivo, virgo o capricornio—.

Los nombres adquieren densidad en las cartas. La escritura enamorada les da fosforescencia. Las cartas nos acaloran, son radioactivas. Los *mails* son un espectro. Leer una carta escrita a mano altera la postura del cuerpo entero. Es un acto físico —hace falta un catálogo de las mejores posturas para cada género literario, un *Kāma-sūtra* para leer—.

La locura de las letras epistolares *punza* las manos. Hay una espléndida descripción de esto en el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla. En la primera parte (acto III, escena 3), doña Inés recibe una carta de don Juan escondida entre las hojas de un libro religioso —un *Horario* de rezos—. Al abrir el libro cae al suelo un «papelito». Al levantarlo, doña Inés exclama «¡Ay! Se me abrasa la mano / con que el papel he cogido» (vv. 169-170). Brígida —la cómplice de don Juan en el convento donde Inés está recluida—, le dice «Jamás os he visto así; / estáis trémula» (vv. 172-173). El simple contacto con la carta surte efectos afrodisiacos en Inés. Brígida la anima a abrir la carta (vv. 209-310):

Doña Inés. ¡Ay, Brígida, cuanto más la miro
menos me atrevo a leer.
(*Lee*) «Doña Inés del alma mía».
Virgen santa, ¡qué principio!
Brígida. Pues, en verso, y será un ripio
que traerá la poesía.
Vamos, seguid adelante.
Doña Inés. (*Lee*) «Inés de donde el sol la toma
[…]
si os dignáis por estas letras
pasar vuestros lindos ojos,
no los tornéis con enojos
sin concluir, acabad».
Brígida. ¡Qué humildad y qué finura!
¿Dónde hay mayor rendimiento?
Doña Inés. Brígida, no sé qué siento.
Brígida. Seguid, seguid la lectura.
Doña Inés. (*Lee*) «Nuestros padres de consuno
nuestras bodas acordaron
[…]
Brígida. ¿Leíais, Inés? Si ese Horario
le despreciáis, al instante
le preparan el sudario.
Doña Inés. Voy a leer.
Brígida. Adelante.
Doña Inés. (*Lee*) «Inés, alma de mi alma,

perpetuo imán de mi vida,
[…]
para salvarte te aguardan
los brazos de tu don Juan».
(*Representa*) ¿Qué es lo que me pasa, ¡cielo!,
que me estoy viendo morir?
Brígida. (*Aparte.*) Ya tragó todo el anzuelo.
Vamos, que está al concluir.
[…]
Doña Inés. (*Lee.*) Adiós, oh luz de mis ojos;
adiós, Inés de mi alma;
medita, por Dios, en calma
las palabras que aquí van;
[…]
(*Representa*) ¡Ay! ¿Qué filtro envenenado
me dan en este papel,
que el corazón desgarrado
me estoy sintiendo con él?
¿Qué sentimientos dormidos
son los que revela en mí;
qué impulsos jamás sentidos,
qué luz, que hasta hoy nunca vi?
¿Qué es lo que engendra en mi alma
tan nuevo y profundo afán?
¿Quién roba la dulce calma
de mi corazón?
Brígida. Don Juan.

Las letras de don Juan punzan a Inés y le infunden un trance erótico. Inés pasa los ojos por la carta y siente un no sé qué. Sigue leyendo. La elocuencia del pretendiente la intoxica. Cada vez que Inés se detiene, Brígida la apura a seguir leyendo, como si hacerlo fuera una fricción calentando sus pasiones. Inés siente que muere —¿una pequeña muerte?— y Brígida entiende que ya tragó el «anzuelo»; «Vamos», le ordena. Don Juan sabe que la relectura agudizará el efecto de su veneno, por eso la invita a meditar «las palabras que aquí van». Cada línea de la carta es un dildo metafísico que penetra por los ojos de la virginal Inés: las letras cumplen una tarea fálica —son, como afirma Preciado en el *Manifiesto contrasexual,* una tecnología de resistencia a la represión heterocentrada que favorece al miembro masculino—. O sea, *Sexting avant la lettre*.

Inés alcanza el clímax —«¡Ay!»— al concluir la carta, y se pregunta retóricamente algo que ya sabe: está perdida de amor por don Juan, por sus letras, *filtro envenenado en el papel*.

La lectura resulta especialmente efectiva porque se realiza en voz alta. El *punctum* siempre nos excita a pronunciar y la pronunciación a su vez afila el *punctum*. El sonido actúa como un afrodisiaco que anima la lengua y los labios. El lector siente la necesidad de tocar las palabras para creer en ellas: decirlas, subrayarlas, copiarlas en una libreta, inscribirlas en la pared

—como las vigas de la torre de Montaigne, plagadas de citas—.

Dorian Gray vive una experiencia semejante al recibir ese «libro venenoso» que Wilde concibió a partir de *À rebours* de Huysmans. La extraña novela actuaba como una droga ensoñadora:

> El denso olor del incienso parecía desprenderse de sus páginas y turbar el cerebro. La cadencia misma de las frases, la sutil monotonía de su música, tan llena como estaba de complejos estribillos y de movimientos elaboradamente repetidos, produjo en la mente de Dorian Gray, al pasar de capítulo en capítulo, algo semejante a una ensoñación, una enfermedad del sueño que le hizo no percatarse de que iba declinando el día y creciendo la sombra.

El sonido que brota de las letras turba los sentidos y sumerge al lector en un líquido espeso de sensaciones endógenas. Ya no se percata de lo que sucede afuera. Queda escindido de su entorno, dislocado de su realidad inmediata por el «veneno» de las letras.

Emma Bovary es un caso ejemplar de corrupción moral inducida por la lectura. De niña había fantaseado con los amores de *Pablo y Virginia* (1788), el *best seller* de Jacques de Saint-Pierre, y su afición a los libros la había llevado a buscar «satisfacciones imaginarias» en Balzac y Sand; ya casada, y harta de la vida provinciana a la que la condena su matrimonio, se suscribe a las revistas femeninas *La Corbeille* y *Sylphe des Salons*, donde se envenena «devorando» las descripciones de la vitalidad parisina. Un sórdido camino de lecturas la conduce al adulterio. ¿Cómo no se dio cuenta esta señora, en apariencia tan decente, de lo que estaba ocurriendo? Acaso no la corrompieron las letras sino que la pusieron en contacto con la verdad de su deseo. Lo mismo le sucedió a Inés, a Dorian, incluso a don Quijote. Los libros no fueron sus enemigos sino sus cómplices: con su ayuda pudieron convertirse en lo que realmente eran.

12

Según cuenta Pausanias en su *Descripción de Grecia* —primera guía de viajes de la historia— los sabios que habían visitado Delfos dejaron escritos en el vestíbulo del templo de Apolo una serie de consejos útiles para el hombre. En México, uno de ellos sigue en boga gracias a que es obligatorio inscribirlo en la publicidad de bebidas alcohólicas: «Nada en exceso. Todo con medida» dice la letra chica de los anuncios de tequila —a nadie se le ha ocurrido inscribirlo también en la contraportada de los libros para prevenirnos—.

Otra de las máximas referidas por Pausanias es «Conócete a ti mismo». Para hacerlo se practicaba en aquel entonces la consulta oracular en el templo. Una sacerdotisa, la Pitia, era la mediadora. El peregrino que llegaba a Delfos se conocía a sí mismo a través de los enigmas que pronunciaba la Pitia inducida por el dios —algunos creen que ella estaba, en realidad, alterada por vapores enervantes—. Era preciso descifrar el enigma a la luz de los propios intereses y predicamentos.

Los libros operan a veces como el oráculo de Delfos. Sus palabras son enigmas que adquieren sentido al convertirse en parte del monólogo interior, esa voz interior que es nuestra Pitia. Ella comercia con los dioses mentales. Es la portera de una casa repleta de fantasmas. Esa voz murmura todo lo que leemos, a veces tan callada y veloz que es inaudible. Esa voz tiene grandes capacidades histriónicas y puede imitar muchas voces, como una talentosa locutora de radionovelas o una madre cariñosa junto a la cama de su hijo.

El lenguaje es un medio de convivencia. No se origina en la soledad sino en la vida social. La tribu siembra su idioma en la mente de sus hijos para cosechar los frutos de la acción coordinada —sin lenguaje no habría política—. A través de las palabras, la comunidad administra el pensamiento de sus miembros. El arado lingüístico forma una retícula invisible en el pensamiento, el esquema conceptual que organiza nuestras ideas.

Conócete a ti mismo: penetra, desde la lengua pública, el jardín particular de tu cerebro, recorre sus linderos, sus acequias, estudia qué hortalizas crecen en la huerta. Hay quienes tienen en la parcela denominada «amor» una selva de ortigas que riegan con películas de Hollywood para cosechar tomates de piel frágil y pulpa insípida. Los periódicos amarillistas irrigan con sangre y agua sucia nuestros conceptos

de «raza», «hombre», «mujer», «sexo», «belleza». Hay rincones con cipreses dedicados al nombre propio de los muertos.

¿Cómo llegamos a creer que las ideas, estas parcelas de la huerta cognitiva, eran cosas por sí mismas, moblaje de una esfera superior al mundo? Platón fue víctima de las letras. A pesar de sus reservas sobre la escritura —Carta VII, 341cd; *Fedro*, 274c; *Protágoras*, 329a—, confundió la forma visible y definida de las palabras escritas con la esencia de lo que representan. Bisnietos de Platón, confundimos el mapa con el territorio.

El mapa escrito de nuestras mentes es un instrumento muy valioso. Sin él sería imposible conocer lo que piensan los otros, cuánto miden sus parcelas, qué siembran en ellas. Al leer los mapas remodelamos la huerta propia. Los libros dedicados explícitamente a la agrimensura de nuestra mente son los de filosofía. El filósofo es un ingeniero agrícola.

Vuelvo a los nombres propios porque son palabras singulares, propicias a punzarnos. Son palabras muchas veces adictivas. Por eso los enamorados se consuelan trazando el nombre de sus amados en los muros del baño o la prisión, en los troncos de árbol y los forros de cuaderno. Hay un efecto analgésico en la escritura del nombre añorado. Aquí me acuerdo del romance de Góngora sobre Angélica y Medoro, a quienes:

> Los troncos les dan cortezas,
> en que se guarden sus nombres
> mejor que en tablas de mármol
> o que en láminas de bronce.
> No hay verde fresno sin letra,
> ni blanco chopo sin mote;
> si un valle «Angélica» suena,
> otro «Angélica» responde.

La inscripción tiene su magia: abre espacios de otro modo inaccesibles, en ella se manifiestan, bajo una forma pública, bienes privados e inalienables. El gusto de ser inscrito es proporcional al de inscribir. Cuando era niño mi nombre casi siempre figuraba en el ridículo cuadro de honor donde se enlistaba a los alumnos estudiosos y disciplinados del colegio. Me avergüenza haber sentido orgullo por verme plasmado en ese monumento al elitismo académico. Sin embargo, hallarme ahí era una forma de confirmar mi existencia social, constantemente amenazada por mi timidez y retraimiento. Como decía mi amigo, el notario calvinista, citando el Apocalipsis: «El que no se encontraba inscrito en el libro de la vida fue arrojado al lago de fuego».

La escritura es un voto de permanencia. Otra vez, el miedo a la muerte nos lleva a desear que el nombre propio perdure en el lenguaje, público y transferible, espacio de la fama y la genealogía. Si el nombre queda escrito, el alma ha de salvarse. Hablando de la locura desde el psicoanálisis, Darian

Leader apunta:

> El elemento adicional no humano permite a la persona convertirse en quien es realmente, como si su verdadera identidad fuera una consecuencia de ello. Estos sistemas podían adoptar la forma de máquinas y aparatos mecánicos, o de sistemas matemáticos, genealógicos o informáticos, por ejemplo. También podían implicar un trabajo de investigación de archivos o cualquier tipo de interpretación de documentos, a menudo, para estudiar o demostrar alguna forma de filiación. Por eso hay tantos psicóticos en las bibliotecas.

Que haya «tantos psicóticos en las bibliotecas» es una respuesta a la indigencia simbólica que los aqueja. Cuando resulta difícil convertirse en uno mismo, cuando uno pugna por encontrarse y no consigue sentirse identificado con el nombre propio tal como se escribe en las identificaciones, las listas escolares y las redes sociales, entonces uno puede acudir a las bibliotecas; se las puede concebir como peluquerías metafísicas en las que vamos a moldear nuestra apariencia interior. El lector hambriento de identidad busca un reflejo en donde reconocerse, un nombre que sea *locus amoenus*, jardín interior. Cuando un libro parece contenernos como personajes o lectores implícitos, aquellos para los que la historia parece haber sido escrita, sus palabras nos punzan y emocionan. Hay libros que trazan, como oráculos sobrenaturales, el mapa de nuestro interior. Amarlos es el origen de la locura de las letras.

Leer es un acto de animación. Cada letra es la tumba de un sonido. Uno exhuma de ellas la acústica de un instante: a, b, c… Al leer descongelamos un manantial sonoro que nació tal vez siglos arriba, al otro lado del mundo. No es raro que la resurrección sea defectuosa. Sobra espacio para malentendidos entre la mente del autor y la de los lectores. Puede pasar en medio una estampida de barbarie o de progreso y arrasar las señas que daban sentido al texto. Abandonado a su suerte, el lector se esfuerza, como Victor Frankenstein, por reanimar el cadáver de un pensamiento.

Para revivir el mensaje sin que se convierta en un engendro monstruoso, es preciso distinguir lo que viene del texto de lo que nuestra propia voz interior proyecta en él. Cuando no somos conscientes de la brecha que separa el mapa escrito por alguien más y el territorio que somos adentro, podemos terminar persuadidos de que en el libro habla un dios solo para nosotros.

13

Un libro es un espejo:
si un mono se mira en él, no puede ver reflejado a un apóstol.

G. C. Lichtenberg

No pretendo hacer una metáfora cuando hablo de la lectura como trance psicodélico. El hecho de que ante una cadena de letras el cerebro se encienda de simulacros —sensaciones, emociones, pensamientos— basta para justificar la afirmación de que lo literario es alucinógeno y puede, como en mi caso, inducir farmacodependencia. Para entender mejor esta droga, conviene detenernos a pensar en sus mecanismos de acción.

Primero la escritura. La tinta abre una llaga oscura en el papel. A través de ella, la luz de sol, fuego o bombilla se sumerge en el papel y lo calienta. Si uno lee demasiado, el libro hierve entre las manos. Hay que soltarlo a ratos para no quemarse las huellas digitales y perder la identidad. Hay que esperar que el seso enfríe. Una obra maestra es inflamable.

Las letras dibujan en la retina el mapa de una voz. El nervio lleva el mensaje óptico al centro de la cabeza —al núcleo geniculado lateral del tálamo—. Ahí se hornea la información escrita, y servida en bandeja de plata, el tálamo la envía al banquete de la corteza cerebral. Una multitud de neuronas hambrientas la consume desde la punta occipital del cerebro hasta la antípoda frontal donde se juzga qué pensar de lo leído. Todo pasa en milisegundos. Un enjambre de millones de células agitadas devora el significado.

Puesto que no había bibliotecas hace trescientos mil años en la sabana etíope donde evolucionó nuestra especie, es natural que no tengamos un órgano especializado en la lectoescritura. Ante este hecho trivial conviene preguntarnos algo menos obvio: ¿cómo es posible que las crías de *Homo sapiens* aprendamos a leer? El cerebro humano, con sus ochenta y tantos mil millones de neuronas, es capaz de hacer infinitas asociaciones y formar vínculos estables entre letras y sonidos. No somos tan especiales: los perros de Pavlov hacían lo mismo al escuchar la campana y salivar en espera del alimento consecutivo. ¿Y por qué no leen los perros? Por falta de tamaño cerebral, de fuerza bruta, solamente.

No obstante la novedad histórica de la escritura, en la corteza visual humana existe un área proclive a especializarse en leer: se trata de una pequeña región en el surco donde se tocan los lóbulos occipital y temporal

izquierdos, detrás de la oreja. Cuando un infarto cerebral necrosa ese tejido, la persona afectada suele presentar un cuadro de alexia pura: su única atrofia es que no puede leer.

En el cerebro analfabeto, esta región de la corteza suele dedicarse al reconocimiento de rostros y el análisis de objetos con formas bien delimitadas. Pero tan pronto como alguien aprende a leer, estas funciones se delegan a otras partes y la zona se aboca a las letras.

Una vez que las asociaciones nerviosas entre formas y sonidos se consolidan, la lectura se vuelve tan automática como la locomoción. Al cerebro le toma menos de doscientos milisegundos descifrar una palabra; aprende a reconocer palabras de golpe, por su perfil global, sin atender a cada una de las letras; lo hace así para ahorrar tiempo y recursos. Las palabras se vuelven figuras básicas, genéricas, monedas de cambio en cuyas partes casi no reparamos. Por eso resulta tan difícil percatarnos de las erratas cuando leemos a prisa.

Hagamos un ejercicio de abstracción. Tratemos de mirar las letras con inocencia, como visitantes de un planeta sin abecedario. Describámoslas. Manchas filiformes, retorcidas. A veces con un punto encima, a veces enroscadas, redondas y vacías, flácidas, altas, zigzagueantes. Es bueno meditar sobre la forma arbitraria para abrir las puertas de la percepción. Consúmase LSD, hongos o marihuana, mírese un texto fijamente hasta que las letras pierdan sentido. Concéntrese toda la atención en su forma hasta alcanzar un absoluto extrañamiento. Qué raras son las letras, y qué poco nos fijamos en ellas cuando sabemos leer.

Para ganar autoconciencia y control sobre el efecto de las letras en nuestra mente, es sano repetir este ejercicio de vez en cuando. Cuesta trabajo, pero vale la pena.

14

Leer no produce sensaciones específicas. La palabra escrita no tiene sabor, timbre ni tono distintivos. Hay, por supuesto, aromas y texturas característicos del papel, timbres de voz que solo escuchamos por dentro, colores que solo la imaginación distingue. Pero esas sensaciones no son intrínsecas a la lectura, pues leer no es un acto de los sentidos sino del intelecto. No existe propiamente una fenomenología de la lectura, pues los fenómenos que experimentamos leyendo no son cualitativamente distintos de los que suceden mientras percibimos, recordamos o imaginamos. No hay fenomenología de la lectura como no hay cardiología botánica ni chorizo saludable: se trata de dislates categóricos. Lo que sí hay es una epistemología de la lectura, pues se puede estudiar el tipo específico de conocimiento que obtenemos por medio de las letras. Leer es una introspección volcada hacia el mundo, un ensimismamiento centrífugo. Éxtasis del pensamiento, la sobriedad perceptual contrasta con la psicodelia de los conceptos, cuyos límites y sentidos son desafiados por formulaciones novedosas, metáforas, símiles, paradojas. No obstante la primacía de lo intelectual durante la lectura, las letras también son partituras: el texto memorable tiene un ritmo de acentos y vocales, cadencias y resonancias. La literatura prospera en la encrucijada del sentido con la música.

Para un teórico literario barroco como Baltasar Gracián, la clave está en el concepto ingenioso: «Lo que es para los ojos la hermosura, y para los oídos la consonancia, eso es para el entendimiento el concepto». Su *Arte y agudeza de ingenio*, de 1648, es un catálogo de «agudezas», expresiones cuya punta aguda nos punza —tiene *punctum*—. El trance letrado nos hace percatarnos de nexos conceptuales imprevistos; nos propone tramas al mismo tiempo coherentes y sorpresivas, perfiles psicológicos contradictorios y verosímiles. Así como ciertas drogas intensifican la percepción, la literatura intensifica la cognición y nos hace sentir —es delicioso— que de golpe entendemos mejor el mundo, el cual nos parecía indescifrable, *ilegible*.

Al leer percibimos siempre lo mismo —letras negras, papel blanco—, pero entendemos una gran diversidad de situaciones y pensamientos, rostros, paisajes, memorias, callejones; por medio de las letras nos convertimos en testigos epistémicos privilegiados. Fuera de los libros sería imposible entender a un hombre fascinado por una nínfula como en *Lolita*,

o por un efebo como en *Muerte en Venecia*, sería imposible escuchar a los fantasmas en *Pedro Páramo* o reírse de las excentricidades de un personaje como Ignatius J. Reilly en *La conjura de los necios* —recuerdo aún mi primera lectura de esta novela, puntuada de carcajadas—. Con ciertos libros, reírse es el mejor síntoma de que entendemos. La risa le da la bienvenida a lo amigable e inesperado. La risa es un estupor alegre, el aplauso de las entrañas. Que alguien se ría debido a un libro, por obra y gracia de las letras, es uno de los fenómenos más raros que hay en el planeta, junto con el sexo de las babosas leopardo y las convenciones de coleccionistas de cómics. Las carcajadas del lector son una demencia que incomoda a las buenas conciencias, y las hace cuchichear con reprimido escándalo. Mateo Alemán, el autor del gracioso *Guzmán de Alfarache*, describe en su *Ortografía castellana* —impresa en México en 1609, poco después de que él emigrara a Nueva España— los efectos fisiológicos que tienen las cosas escritas:

> Cuando en alguna lectura de consideración hay escritas cosas alegres, parece que a gritos dicen los ojos lo que se va leyendo con ellos, y centelleando en el rostro, se rasga la boca, para que pueda salir por ella el gusto. Y si son tristes, el resuello cerrado y oprimido casi revienta el corazón en el cuerpo.

La risa es, por naturaleza, una conducta gregaria, y el hecho de que alguien se desternille de risa leyendo es signo seguro de locura o depravación, porque los libros —lo sabe cualquier persona decente— no son una broma, son cosa seria, dignos de toda nuestra reverencia.

15

La lectura y los sueños son los polos opuestos de la vida interior. En medio se encuentra la conciencia que acompaña al cuerpo mientras suda, trabaja, come, besa o esnifa. Hay un caos que empaña la existencia, un absurdo que se exacerba en los sueños y los convierte de pronto en pesadillas. En los libros, por el contrario, predomina el sentido y la consecuencia; todo sucede por algo, tiene razón de ser. La patria de la coherencia está en los libros.

El prestigio de los sueños me parece tan infundado como el de la paella —con todo respeto para los psicoanalistas y los valencianos—. Su desorden me exaspera —de episodios y mariscos, respectivamente—. Además, los sueños ocurren mientras dormimos, y dormir es una distracción muy engorrosa para un lector compulsivo. Muchas veces he anhelado ser insomne para ganar tiempo de lectura. Si pudiera no dormir —me torturo pensando—, tendría una tercera parte más de vida libresca. ¿Cuántos años me pasaré tumbado en la cama, inconsciente como un bulto? Al paso que va mi sedentarismo, y de acuerdo con las estadísticas, me quedan unos veinte años más de reposo vegetativo. Qué envidia me dan los que pueden leer hasta bien entrada la madrugada, dormir cuatro horas y levantarse totalmente frescos a seguir leyendo. Estos celos que siento son tan malsanos que alcanzan a Adolf Hitler en su faceta de lector nocturno. August Kubisek, su amigo de juventud en Viena, evocaba la pasión inagotable del artista frustrado por leer de día y de noche. Si no podía llevar consigo el libro que estaba leyendo a algún lado, el joven Hitler prefería no salir. Rudolf Häusler, su compañero de cuarto en Múnich, contaba con molestia que su extraño vecino solía leer hasta las tres o cuatro de la madrugada. Conforme fue ascendiendo en el escalafón de la jerarquía fascista, sus días se fueron llenando de ocupaciones, pero las noches en el Berghof, su retiro en los Alpes bávaros, siguieron siendo para los libros. Afuera de su estudio había un letrero que exigía silencio absoluto, y la noche en que Eva Braun transgredió esa regla, Hitler enloqueció de rabia. De tanto leer chatarra antisemita y panfletos nacionalistas, se le secó el seso. Nunca antes la locura de las letras pactó con tanta maldad.

Por suerte no me parezco nada al *Führer*. Me resulta casi imposible desvelarme. Alrededor de las diez y media de la noche me invade un letargo telúrico. Las letras se me desahucian en los ojos. Los párpados y los

libros se me desploman. En esto soy como esa subespecie de *Homo sapiens* conformada por los que afirman ser muy aficionados a la lectura, con la salvedad de que tan pronto como se sientan a leer les empieza a dar sueño y se quedan dormidos. Todos conocemos a una de estas personas desvalidas —o simplemente viles—. Alguna de ellas tal vez empezó a leer este breve libro con las «mejores» intenciones de terminarlo, pero sucumbió a su destino de analfabeta funcional hace unas cincuenta páginas. Ya que ninguna de estas personas llegará a estas alturas del ensayo, podemos insultarlas a toda vela: brutos, cínicos, impostores, holgazanes, subhumanos incapaces de asumir responsabilidades, de aceptar que no les gusta leer y que por eso solo lo intentan de vez en cuando y a las tres de la mañana, cuando ya hicieron todo lo demás que sí les gusta. Ahora sí, piensan, como no tengo nada mejor que hacer, voy a cultivar mi espíritu con un clásico de la literatura universal; pero mira qué bien me veo sentado con un volumen en las manos, alguien tendría que tomarme una foto para el Facebook, en fin, leamos… Y cinco minutos después: Pero qué sueño, vaya, qué raro, por qué será que después de haberme cenado un lechón, bebido ocho cervezas y visto dos películas me invade este sueñito tan sabroso y tentador, pero si lo que yo quiero es leer como me gusta, ¡ay de mí!, qué sueño tengo, se me cierran los ojos, será mañana entonces cuando me entere por qué tanto ir y venir con este *Don Quijote*.

Charlatanes. Su presunta narcolepsia no es más que un simple vicio de carácter: pereza, acidia, el más aburrido de los pecados capitales, el más estéril. Les pregunto a las bellas durmientes del libro: ¿Ya probaron usar lámparas de sodio, café, cocaína, azotes, cilicios, atriles para leer de pie? ¿No, verdad? Entonces no me vengan con esa cara de probos e inocentes, no me salgan con que es inexplicable por qué, apenas abren un libro, la nata espesa del sueño invade sus sentidos como una maldición. Eso sí, velan noches enteras viendo la televisión, jugando póquer, chismeando con los amigos, convulsionándose al ritmo que vomitan las bocinas, pero tan pronto como empiezan a deslizar los ojos sobre una página escrita, entonces sí, adiós.

A mí no me engañan. Tal vez no tengan malas intenciones y dicen que les gusta leer solo para maquillarse un poco el intelecto. ¿Quién no ha exagerado sus virtudes? Yo antes engañaba a todo el mundo, incluido yo mismo, diciendo que me encantaba cocinar, cuando en realidad prefiero comer algo crudo que cocido por mí. Pero estas personas, en vez de exaltarse como pretenden, se vilifican. Tienen el espíritu esnob. Si no pueden leer sin quedarse dormidos es porque no aprecian la compañía de los libros, porque los reservan para las horas muertas o exhaustas, como si fueran llamadas a un tío senil o limpiezas profundas de la alacena.

No obstante mi desprecio, a veces los compadezco. Hay noches que el

sueño me vence tan pronto como empiezo a leer. Me doy cuenta después de haber recorrido un par de páginas en automático, sin entender nada, casi inconsciente. Cuando estoy muy interesado en la trama, intento seguir adelante, despabilarme y terminar al menos ese capítulo. Es imposible. La carne es débil.

Hace muchos años, durante un viaje escolar de campamento, me vi involucrado en una apuesta adolescente con mis compañeros: pasar todo el fin de semana sin dormir. El que perdiera sería sometido a diversas vejaciones, entre ellas ser aventado a un pozo de agua helada. La primera noche fue fácil. Entre bromas y juegos llegamos al amanecer invictos. El sábado comenzaron los problemas. Como estábamos muy cansados después de un largo día de actividades, nos tendimos en el suelo para reposar el cuerpo. Mala idea. «El Pipa ya se durmió», acusaba uno, tanteando. «¡No es cierto!», replicaba el otro, indignado. «¿Memo?», preguntaba un tercero. Silencio. «¿Memo?» «…» «¡Bájenme! —gritaba Memo, que ya era conducido en brazos al pozo—. ¡Estoy despierto!».

Mis ojos, convertidos en balas de plomo, se hundían en el cráneo. Sentía un hormigueo sabroso en las mejillas, un extravío semejante a la embriaguez. Los sonidos se apagaban poco a poco, mi conciencia se disipaba. En cierto momento, para despabilarme, mis generosos compañeros vertieron una cubeta de agua helada sobre mi cabeza. Pasaron cinco minutos. Mis párpados volvieron a cerrarse. Algo mucho más fuerte que yo me arrastraba hacia la ausencia. Nadie volvió a molestarme. Casi al mismo tiempo, todos nos habíamos quedado dormidos. Por ese entonces yo creía, como buen joven católico, en el libre albedrío. Aquella derrota de la voluntad fue un gancho al hígado de mi autoestima.

La carne, en efecto, es débil. A propósito de este lugar común, aquí está el curioso episodio bíblico que lo originó:

> Jesús llevó consigo a Pedro, Santiago y Juan, y comenzó a sentir pavor y angustia. Les dijo: «Mi alma está triste hasta la muerte; quedaos aquí y velad». Se alejó un poco, cayó en tierra y suplicaba que de ser posible pasara de él aquella hora. Y decía: «¡*Abbá*, Padre!; todo es posible para ti; aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya». Viene entonces y los encuentra dormidos; y dice a Pedro: «Simón, ¿duermes?, ¿ni una hora has podido velar? Velad y orad, para que no caigáis en tentación; que el espíritu está pronto, pero la carne es débil». Y apartándose de nuevo, oró diciendo las mismas palabras. Volvió otra vez y los encontró dormidos, pues sus ojos estaban cargados; ellos no sabían qué contestarle (Marcos: 14, 32-39).

Así nos pasa a muchos lectores: el espíritu es fuerte, pero la carne es débil. Frente a la propensión soñolienta y moribunda de la carne, el proyecto mesiánico del cristianismo es desvelarnos para siempre, inmortales, a imagen y semejanza de Dios, el Gran Insomne, que «nunca se

adormece ni duerme» (Salmo 121, 4). Para no aburrirse en el insomnio, Dios prendió la luz (Génesis, 1, 3) e hizo el mundo.

Dormir no es un acto divino ni civilizado, no hay manera de refinarlo. El comer tiene la gastronomía, el copular tiene el sadomasoquismo, pero el sueño nada, a menos que dormir en el avión se considere un hito de la cultura occidental.

En la *Divina comedia*, Ulises convence a sus marineros para que se aventuren más allá de las columnas de Hércules, rumbo al océano desconocido, con estas palabras: «Considerate la vostra semenza: / fatti non foste a viver come bruti, / ma per seguir virtute e conoscenza» (*Infierno*, c. 26, vv. 118-120). Considerad, les dice, vuestro linaje: no nacisteis para vivir como animales, sino para buscar la virtud y el conocimiento. Lo mismo dicen mis neurosis: no fuimos hechos para dormir a pierna suelta y sestear como las bestias, sino para velar, leer y cultivarnos.

16

La mayor tristeza del insomne es vivir sin sueños. Son una fuente irremplazable de experiencia y conocimiento. Augusto Kekulé, que tuvo la mala suerte de morir el mismo año que Alfred Nobel, por lo que no pudo ganar su premio, descubrió la estructura anillada del benceno gracias al sueño de una serpiente mordiéndose la cola. Sin la interpretación de los sueños, Freud jamás habría descubierto —¿o inventado?— el Inconsciente donde acechan los deseos y los traumas reprimidos.

La vida onírica es delirio, ventana surrealista al interior. Yo, que no soy proclive a los sueños emocionantes, siento especial cariño por los besos que he dado contra la almohada en la fase más profunda de la noche. El bálsamo de una cercanía anhelada, la sorpresa de un encuentro antes de saber que lo deseaba o después de haberlo olvidado supuestamente. Al respecto, Juan Boscán, pionero del soneto moderno en español, termina el «Dulce soñar y dulce congojarme…» con este amargo consuelo: «Durmiendo, en fin, fui bienaventurado, / y es justo en la mentira ser dichoso /quien siempre en la verdad fue desdichado». Yo haría una enmienda: «Leyendo, en fin, fui bienaventurado…», porque durmiendo no he sido tan feliz como en los libros, a pesar de que nunca he experimentado «lecturas húmedas», poluciones textuales, orgasmos inducidos por las letras. Aunque solo las conozco en teoría, las lecturas húmedas constituyen el *non plus ultra* de la libromanía.

Para mí, la literatura más voluptuosa está precisamente en el poema de sueño erótico, al que Antonio Alatorre —loco de las letras profesional— dedicó una antología de lo más afrodisiaca. Ni las ostras ni las píldoras azules se comparan con la poesía a la hora de lubricar el pensamiento. Desde el «Ay, Floralba, soñé que te… ¿Direlo?» de Quevedo hasta el «Detente, sombra de mi bien esquivo» de sor Juana, el sueño erótico fue un tema predilecto de los poetas áureos. Unas veces se conmemora el consuelo de soñar y otras se lamenta la tristeza de amanecer —qué violento ese contraste entre la dicha onírica de un beso y la pena de levantarse a trabajar—.

El sueño es una forma pasiva de la imaginación. No escogemos qué, cómo ni cuándo soñar. La fantasía literaria, por el contrario, está sujeta a la libre elección del libro, el ritmo, la forma imaginaria de los muchos detalles que el autor no determina: ¿de qué color son los ojos de uno?, ¿cómo es la voz de otra?, ¿cuánta luz hay en el cuarto donde se acuestan?

Siempre podemos cerrar el libro, abandonarlo, releerlo, dosificarlo. Con el sueño nunca es así.

Imaginar es un vicio de melancolía. Una forma tortuosa de gozar. Dice otra vez Boscán, inspirado en una estrofa de Ausiàs March:

> Como aquel que en soñar gusto recibe,
> su gusto procediendo de locura,
> así el imaginar con su figura
> vanamente su gozo en mí concibe.
>
> Otro bien en mí, triste, no se escribe,
> si no es aquel que mi pensar procura;
> de cuanto ha sido hecho en mi ventura
> lo solo imaginado es lo que vive.
> Teme mi corazón de ir adelante,
> viendo estar su dolor puesto en celada,
> y así revuelve atrás en un instante
>
> a contemplar su gloria ya pasada.
> ¡Oh sombra de remedio inconstante,
> ser en mí lo mejor lo que no es nada!

No hay manera más sabrosa de quejarse que escribir o recitar un poema; es una válvula de escape que suena como instrumento musical —trombón o clarinete, flautín, *diyeridú*—; a veces desafina, como este soneto no tan bueno de Boscán, pero siempre desahoga y entretiene con ideas curiosas como la de que «Otro bien en mí, triste, no se escribe, / si no es aquel que mi pensar procura». Si algo se escribe en mí, entonces soy un libro. La metáfora, bastante discreta en el poema de Boscán, es un meme virulento que aparece por todos lados: «Esta vida es igual que un libro, cada página es un día vivido», dice una canción pop tropical; «Quiero desnudarte a besos despacito. […] Y hacer de tu cuerpo todo un manuscrito», dice la letra del reguetón más famoso del orbe. No hay cabeza en el mundo hispanohablante en la que no resida el concepto de que somos, de alguna forma, libros vivientes. La idea me gusta, por supuesto, y es una prueba más de cuán libresca es nuestra cultura —a pesar de que haya tantas almas desgraciadas a las que vence el sueño cuando quieren ponerse a leer—.

17

A veces me siento triste de todo menos de los libros. Que existan es suficiente para que esto valga la pena. No sabemos qué hay más allá de las letras. Amor, verdad, justicia: ¿qué son, aparte de palabras? Vagas impresiones. Es un tema barroco: la vida es sueño. El desencantado siglo XVII no se cansa de repetirlo. Son tiempos de escepticismo. René Descartes y John Locke fundan su filosofía en la duda. Las fuentes tradicionales del conocimiento —el testimonio directo y la tradición escrita— pierden solidez. La clave de la revolución que llevará a la ciencia y la Ilustración es la sospecha. Pensar que podemos fallar en lo que creemos nos lleva a avanzar con cuidado hacia el conocimiento; el método científico no es más que la praxis de esa cautela.

Es plausible que la abundancia de libros jugara un papel crucial en esa revolución epistémica que condujo a la modernidad razonable y científica. Gracias a la imprenta y el papel barato, el saber se difunde y multiplica, se transforma. El librito de papel rompió todos los diques impuestos por la Iglesia y el Estado.

El medio es el mensaje: si el vehículo del saber es barato, profano, frágil y sustituible, el saber también adquiere esos rasgos; la reproducción masiva destruye el aura; con la desacralización del conocimiento nace la ciencia moderna.

La comicidad de la locura quijotesca emana de su actitud rústica, premoderna, hacia los libros: cree en ellos como si fueran sagrados. Aprender a leer tiene gran valor social y requiere un gran esfuerzo, por lo que es natural que nos veamos predispuestos a confiar en lo que leemos. La escritura es una tecnología tan prestigiosa que resulta contraintuitivo desconfiar de ella. Su capacidad persuasiva puede compararse con la de la fotografía en nuestros tiempos, a pesar de que sabemos que existen los montajes y el *photoshop*.

Para don Quijote era absurdo que la nitidez de los hechos narrados en las novelas fuera producto de la imaginación humana. En el pasaje citado al comienzo de este ensayo, don Quijote desafía a Sansón Carrasco preguntándole: «¿Qué ingenio puede haber en el mundo que pueda persuadir a otro que no fue verdad lo de la infanta Floripes y Guy de Borgoña, y lo de Fierabrás con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlomagno, que voto a tal que es tanta verdad como es ahora de día?». Al creer en lo que ve y en lo que ha leído, don Quijote resulta víctima de engaño. Por el contrario, Sancho tiene una actitud moderna en cuanto cree que lo que don Quijote ve puede explicarse a partir de una

realidad subyacente. Cuando escucha a su amo contar la aventura de la cueva de Montesinos, concluye que los encantadores «le encajaron en el magín o la memoria toda esa máquina que nos ha contado». A favor de lo razonable, Sancho desconfía de lo visible, mientras que don Quijote está persuadido de la realidad incontestable de lo que vio y tocó. La anatomía psíquica de don Quijote tuvo un papel curioso en el origen del psicoanálisis, cuyo inventor vienés fue un consumado yonqui de las letras —y del tabaco y la cocaína—, como bien cuenta José Luis Villacañas en *Freud lee el «Quijote»*.

En la hora postrera, Alonso Quijano declara que tiene «juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de caballerías». Librarse de las sombras, alcanzar la claridad… El sueño reaccionario de don Quijote, animado por las letras, se estampa contra el mundo moderno. El yonqui toca fondo y se despierta.

18

A sor Juana Inés de la Cruz, monja jerónima del siglo XVII novohispano, le sucedió algo parecido que a Alonso Quijano. La diferencia, pensarán algunos, es que don Quijote es un personaje literario y sor Juana una persona real. En absoluto: la sor Juana que *leemos* está hecha de la misma estofa que don Quijote —digo «estofa» a propósito, porque es un cognado de la *stuff* shakesperiana—. Ambos son lectores desquiciados. Si los libros son capaces de manifestar el alma del lector es porque los libros y el alma comparten la misma esencia.

Muchos biógrafos, engañados por la credulidad lectora, utilizan la obra de sor Juana como evidencia judicial de amores lésbicos y conjuras eclesiásticas. Con ello ignoran la capacidad de la literatura para emanciparnos de los hechos y reflejar nuestra vida interior. Lo que importa —parecen decir los historiadores empeñados en fantasear con romances cortesanos y homoeróticos— no es tanto la poesía como la telenovela que hay detrás. Enfatizar su papel como mujer oprimida es una forma de oprimirla, pues nos distrae de la enorme libertad intelectual de la que gozó. Tomar sus poemas como documentos probatorios de una u otra especulación es distraernos de su mensaje.

Leamos a sor Juana sin credulidad ni suspicacia: las verdades literarias van más lejos. Ella se nos presenta como una gran adicta a las letras en la *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*, una carta autobiográfica escrita en circunstancias muy barrocas. Todo comenzó con un sermón de Antonio Vieira, jesuita portugués del siglo XVII, *rockstar* de la predicación católica. El sermón, leído en todo el mundo hispánico, versaba sobre cuál fue el mayor favor (o *fineza*) que nos hizo Jesucristo. Un tema, aunque cueste creerlo, extremadamente polémico por aquel entonces. Vieira afirma, contradiciendo nada menos que a san Agustín, que la mayor fineza de Cristo no fue morir sino alejarse de los humanos, a los que amaba más que a su vida. Sor Juana toma partido por san Agustín. Arguye contra el jesuita lusitano en un escrito que su amigo Manuel Fernández de Santa Cruz, obispo de Puebla y Tlaxcala, imprime y distribuye. Así surge la *Carta atenagórica.* Luego el mismo obispo se hace pasar por una tal sor Filotea de la Cruz y le escribe una carta a sor Juana, exhortándola a rezar más y polemizar menos, pues «Letras que engendran elación, no las quiere Dios en la mujer». La invita no a que «mude el genio renunciando los libros, sino que le mejore, leyendo alguna vez el de Jesucristo… Mucho tiempo ha

gastado vuestra merced en el estudio de filósofos y poetas; ya será razón que se perfeccionen los empleos y que se mejoren los libros».

Sor Filotea la anima a dedicarse a leer y razonar sobre las Sagradas Escrituras, y ya no sobre «ciencias curiosas» y «las rateras noticias de la tierra». Hoy en día es difícil no leer esta carta como un mensaje hostil. A la luz de otra carta recientemente descubierta en la Biblioteca Palafoxiana de Puebla, puede pensarse que el obispo travesti no quería agredir a sor Juana sino azuzar su ingenio. Quién sabe qué coctel de intenciones encontradas tuvo al escribir esta impostura —opresivas o amistosas, beatas o irreverentes, falocéntricas o solidarias—, pero su efecto fue el mejor de todos los posibles: la *Respuesta* de sor Juana es un portento, el más feliz autorretrato de un lectora compulsiva.

Sor Juana lo reconoce en la carta: «Esto no ha sido más de una simple narración de mi inclinación a las letras». Eso es, *simple*, pero también magistral. Para que no la acusen de insumisa, empieza por recordarnos que su texto es una *respuesta*, algo dicho por obedecer a otro, por cortesía con él; reitera que siempre ha escrito por presión ajena, no por gusto propio —con la excepción de «un papelillo que llaman el *Sueño*»—. Incluso defiende esta autoría involuntaria en un romance que escribió a un peruano que la alababa, y sobre el que llamó mi atención Martha Lilia Tenorio, extraordinaria lectora de sor Juana:

> Pero el diablo del romance
> tiene, en su oculto artificio,
> en cada copla una fuerza
> y en cada verso un hechizo;
> tiene un agrado tirano,
> que, en lo blando del estilo,
> el que suena como ruego
> apremia como dominio…
> tiene qué sé yo qué hierbas,
> qué conjuros, qué exorcismos,
> que ni las supo Medea
> ni Tesalia las ha visto;
> tiene unos ciertos sonsaques,
> instrumentos atractivos,
> garfios del entendimiento
> y del ingenio gatillos…
> Por esto, como forzada,
> sin saber lo que me digo,
> os respondo, como quien
> escribe sin albedrío.

He citado bastante para mostrar qué desenfadada podía ser la monja jerónima para hablar de cómo la obligaba a escribir «el diablo del romance». A la luz de este poema y de la abundante y muy gozosa poesía

lírica de sor Juana, se nota a leguas que es mentira que ella, la mujer, escriba a fuerzas: no hay duda de que le encanta, de que es lo que más le gusta hacer. Pero sor Juana, el personaje, se niega a aceptarlo, lo cual es una estrategia comprensible para evitar que la censuren en un mundo peleado a muerte con el deleite. Si ella hubiera aceptado cuánto le gustaba escribir, las buenas conciencias la habrían reprendido. Si lo hacía por obligación, por sacrificio, entonces estaba bien.

De vuelta en la *Respuesta*, sor Juana nos dice: «Lo que sí es verdad que no negaré… que desde que me rayó la primera luz de la razón, fue tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras, que ni ajenas reprensiones —que he tenido muchas—, ni propias reflejas —que he hecho no pocas—, han bastado a que deje de seguir este natural impulso que Dios puso en mí». Siguen varias páginas autobiográficas, realmente deliciosas, de cómo engañó a una maestra para que le enseñase a leer antes de tiempo, de cómo se abstenía de comer queso por temor a hacerse tonta, de cómo se encendió su deseo de leer los libros de su abuelo y de cómo ya enclaustrada se dedicó a la tarea «de leer y más leer, de estudiar y más estudiar, sin más maestro que los mismos libros». Sola contra el mundo, encerrada en su celda, leía sin parar: «Casi a un tiempo estudiaba diversas cosas o dejaba unas por otras; bien que en eso observaba orden, porque a unas llamaba estudio y a otras diversión; y en estas descansaba de las otras…». Cuando leo estas palabras me identifico a tal grado con ellas que siento falsas las comillas, pues lo escrito me describe perfectamente y es, agudo, el *punctum* de la carta, el detalle que me perfora y me refleja.

La monja exclama más adelante: «Bendito sea Dios que quiso fuese hacia las letras y no hacia otro vicio». La palabra «otro» implica que las letras se incluyen entre los vicios. Lo mismo han de haber opinado las monjas que la rodeaban; una madre superiora —«prelada muy santa y muy cándida»— le prohibió una vez que estudiase. Cuenta sor Juana:

> Yo la obedecí (unos tres meses que duró el poder ella mandar) en cuanto a no tomar libro, que en cuanto a no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer, porque aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crio, sirviéndome ellas de letras, y de libro toda esta máquina universal. Nada veía sin refleja; nada oía sin consideración, aun en las cosas más menudas y materiales; porque como no hay criatura, por baja que sea, en que no se conozca el *me fecit Deus*, no hay alguna que no pasme el entendimiento, si se considera como se debe.

Hay dos aspectos que me encantan de este pasaje. Uno, anecdótico, que nos remite al síndrome de abstinencia que sufrió sor Juana al ser privada de su vicio. Julio Cortázar, cuando lo entrevistó Joaquín Soler Serrano para la Radiotelevisión Española, recordó que, siendo un yonqui de letras a los ocho o nueve años, un médico le prohibió los libros durante cuatro o

cinco meses para que se desintoxicara, tratamiento que le produjo un sufrimiento tan grande que su madre se apiadó de él y lo suspendió. Por suerte, a mí nunca me han prohibido leer, aunque mis padres movieron mar y tierra para distraerme de los libros, metiéndome a abominables cursos de verano y clases de natación, futbol, karate y alfarería, actividades en las que siempre destaqué por mi absoluta incompetencia.

Yo quería leer como sor Juana, y leía todo: de rodillas en el patio leía a las hormigas como si fueran caracteres animados, miraba las cosas como letras, el mundo como libro. Este es el otro aspecto que me gusta del pasaje citado, donde aprendemos cómo la abstinencia de letras condujo a sor Juana a fijarse en las cosas con una atención casi científica. Ya he propuesto que la alfabetización modifica nuestra comprensión de la realidad, volviéndola un texto abierto a la interpretación. La ciencia, hija de nuestra cultura alfabética y de la irreverencia hacia los libros, aspira a deletrear el mundo en orden, como las líneas de un libro, de principio a fin. Los pueblos analfabetos no leen el mundo sino que hablan con él. Tal vez sea esto lo que comparten las muchas religiones que la etnología mete en el cajón del animismo: las cosas, plantas y animales nos hablan por sí mismos, sienten, poseen, conviven, no son letras de un mundo escrito por un dios humanoide, sino hablantes con lengua propia, dueños de sí.

La *Respuesta a sor Filotea*, como «simple narración de mi inclinación a las letras», nos ofrece el retrato de un vicio ejemplar. En el origen de la *Respuesta* se halla el reproche por leer demasiados libros profanos; el obispo Fernández de Santa Cruz la invita a rezar más y dedicarse a la Biblia, cuya lectura es camino de salvación, porque «ciencia que no alumbra para salvarse, Dios, que todo lo sabe, la califica por necedad». El obispo le dice: no seas necia leyendo tanta poesía latina y tratado filosófico, Juana, no te vaya a pasar como a san Jerónimo, al que azotaron los ángeles por andar leyendo a Cicerón. Que las letras humanas no le roben la posesión de tu entendimiento a la sabiduría divina. Juana: las muchas letras te vuelven loca.

Y Juana, en respuesta, se luce demostrando que conoce bien los peligros de estudiar demasiado, y tras mencionar a los herejes Pelagio, Arrio, Lutero y Cazalla, dice que «estos malévolos, mientras más estudian, peores opiniones engendran; obstrúyeseles el entendimiento con lo mismo que había de alimentarse, y es que estudian mucho y digieren poco, sin proporcionarse al vaso limitado de sus entendimientos». Qué manera tan elegante de llamar idiotas a los herejes. Sor Juana confía en su inteligencia, vaso de entendimiento en el que cabe mucho más que en el de aquellos malévolos indigestos. No temas por mí, le responde a su amigo, el obispo *queer*, que soy muy lista.

Nunca ha habido jactancia más honesta que la de sor Juana. Si yo fuera proclive al chovinismo, estaría muy orgulloso de haber nacido en la misma

tierra que sor Juana —y en la misma que el maíz y el aguacate—. Supo todo lo que se podía saber en el mundo novohispano. Fue poeta, psicóloga, filósofa, científica, monja, amiga de los poderosos, tesorera de su convento, autora de un «papelillo que llaman el *Sueño*», cumbre del escepticismo gnoseológico. Con el romance «Finjamos que soy feliz, / triste Pensamiento, un rato…» fue precursora del nihilismo, del relativismo y del pragmatismo, que los filósofos varones descubrieron mucho después y con muchos trabajos. Ya sé que tanto elogio no viene a cuento, pero me gana el espejismo de que Juana Ramírez fue tal como se pinta sor Juana; de que aparte de haber escrito villancicos, romances, enigmas, comedias, sonetos, silvas y cartas, fue niña prodigio, amante de la virreina, adicta a la lectura y víctima suicida de la peste que la fulminó en 1695, a los cuarenta y cinco años de edad.

19

Cuando leemos una obra en primera persona, cooperamos con el relato aceptando que el narrador sea un superhombre omnisciente o, por lo menos, capaz de recordar escenas y conversaciones con muchísimo detalle. En una obra de ficción todos fingen, incluido el lector. En una historia contada por una voz neutra, en tercera persona, con frecuencia se olvida el hecho de que la voz narrativa no es directamente la del escritor. Hace un año, cuando publiqué mi primera novela, un amigo septuagenario que no suele leer literatura se acercó a mí después de haber leído mi libro y me pidió con toda seriedad que le contara qué había pasado después del último capítulo y cómo había sido una de las protagonistas en un periodo irrelevante para la historia —quería saber, específicamente, qué tan guapa había sido de joven—. Me apenó confesar que no lo sabía. El narrador puede ser omnisciente, pero el escritor nunca lo es. Es lógico que el narrador de la novela, capaz de escrutar el pensamiento de sus personajes y remontarse tres mil años atrás en la historia para contar el origen de sus rasgos genéticos, sepa también qué pasó treinta años antes o seis meses después, pero yo, que imaginé la historia en las horas muertas del insomnio, sabía lo mismo que el lector sobre la obra, si no es que menos. El narrador también es un personaje literario, acaso el más importante de todos, el que un escritor necesita desarrollar con más cuidado.

Cuando se trata de obras que no llevan marcas de ficción —poemas líricos, epístolas, crónicas y ensayos— creemos con todavía mayor facilidad que el yo enunciativo coincide con el yo del escritor. Es muy probable, por ejemplo, que Juana Ramírez, la monja jerónima, nunca haya vivido este episodio contado por sor Juana a la inexistente sor Filotea: «Estaban en mi presencia dos niñas jugando con un trompo, y apenas yo vi el movimiento y la figura, cuando empecé, *con esta mi locura*, a considerar el fácil moto de la forma esférica…». El énfasis en la locura es mío. Una locura que es un genio inaudito, el genio de sor Juana que dice en la carta toda *su* verdad. ¿Qué nos garantiza que la anécdota no es una ficción? Teniendo la insigne hija de Nepantla tanta imaginación como tenía, ¿sería capaz de reprimirla en esa *Respuesta* destinada a lucirse? Al escribir poemas de amor encendido por la virreina María Luisa, ¿cómo sabemos que estaba documentando su vida sentimental genuina y no que escribía movida por el deseo de emular los poemas de amor que admiraba —y congraciarse con una amiga muy poderosa—? Tomar partido por una u

otra opción es un acto de fe innecesario. Las verdades literarias se parecen más a las verdades matemáticas que a las históricas.

20

El escritor, como cualquier persona común y corriente, puede mentirnos. También puede hacer que el narrador mienta. Son dos formas diferentes del engaño. En el *Lazarillo de Tormes*, el protagonista homónimo asegura que las habladurías sobre el amancebamiento de su esposa con el arcipreste son infundadas. Algunos lectores muy serios creen que Lázaro miente, que es cómplice de la sacrílega pareja y lo oculta para no perder su posición como pregonero en Toledo. Aunque la mayoría de los hispanistas coincide en la desconfianza hacia Lázaro, sospecho que muchos lectores que se acercan al *Lazarillo* sin prejuicios confían en su sincera ingenuidad.

La controversia sobre el talante moral de Lázaro a veces se mezcla con otra polémica interminable: ¿quién escribió la novela? Las ediciones más antiguas, publicadas en 1554, son anónimas. Sin embargo, que todas las obras hayan sido escritas por alguien es una necesidad metafísica. El texto original no se materializó de golpe y al azar en las imprentas de Amberes, Burgos, Alcalá y Medina del Campo. No lo trajo el arcángel Gabriel a la Tierra, enviado por Dios para sembrar en España la semilla de la novela moderna. Alguien escribió el *Lazarillo.* Cada quien escoja su candidato.

No sé si el autor elegido determine el juicio moral que nos formamos acerca de Lázaro. Uno creería que los partidarios de autores del clero se inclinarían por la condena, pero Antonio Alatorre, que escribió un entrañable artículo «Contra los denigradores de Lázaro de Tormes», defiende a la vez la honestidad de Lázaro y la autoría de un fraile jerónimo: Juan de Ortega. Otro fraile jerónimo, José de Sigüenza, escribe en su *Historia* de la orden, publicada en 1605, que «dicen» —esta palabra debilita muchísimo el testimonio— que Ortega escribió el «librillo» de joven, porque hallaron en su celda un borrador «de su propia mano escrito». Alatorre concluye: «No hay *nada* comparable con el testimonio de fray José de Sigüenza; *nadie* ha demostrado que este testimonio, tan preciso y tan categórico, sea falso. No veo razón alguna para lanzar más candidaturas. Es un juego que podría seguir y seguir, pero ¿tiene caso?».

El loco de letras, punzado por una obra, siente que el texto lo refleja, que el autor la ha escrito para él. El autor es un amigo desconocido, un confidente sobrenatural. No hay nada más triste que perderle el rastro a un gran amigo. Cuando recibimos una carta queremos saber quién nos la envía. No reconocer quién nos habla es una amenaza, una típica fuente de ansiedad en las alucinaciones auditivas. Por eso nos obsesiona saber quién

escribió un libro punzante. Y si ese libro es una sátira deliciosa y subversiva, narrada por un tipo tan simpático como Lázaro de Tormes, ignorar quién lo escribió resulta insoportable para muchos que desean conocerlo y rendirle tributo por haber creado una obra tan entrañable.

El *Lazarillo* es un libro lleno de episodios y fraseos provocadores. De niño, Lázaro era tan perspicaz que al ver como su pequeño medio hermano huía del padre negro, reflexionó con asombrosa sabiduría: «¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven a sí mismos!». Ese momento de la obra nunca deja de asombrarme y enternecerme. Que en un libro de la primera mitad del siglo XVI alguien haya dado la voz narrativa a un marginado social para hacer un retrato crítico de la sociedad —especialmente del clero— me inspira muchísima gratitud. Pero no hay a quién dar las gracias. Lázaro tiene que valerse por sí mismo.

Descubrir al autor ayudaría a escoger las interpretaciones más plausibles del texto. Fernando Lázaro Carreter afirma, por ejemplo, que Antona Pérez, madre de Lázaro, está «doblemente deshonrada, por cohabitar, con toda probabilidad, antes de transcurrido un año de su viudez, y por amancebarse, con un negro además». No sabemos, y nos incomoda, si el autor despreciaba a sus personajes como afirma el hispanista, o si, por el contrario, los retrata socialmente despreciables y humanamente irresistibles para combatir justamente los prejuicios aludidos. Conocer el extracto social del autor inclinaría la balanza hacia uno u otro lado.

Para los locos de letras hay mucho en juego con el autor del *Lazarillo*. Por más que me fascine la discusión, este no es lugar para reseñarla. Baste decir que no estoy de acuerdo con la apuesta de Alatorre —precedida por la del gran Marcel Bataillon—. Tampoco coincido con Américo Castro y sus seguidores, que juzgan al autor criptojudío o cristiano nuevo, ni con Mercedes Agulló (Diego Hurtado de Mendoza), Rosa Navarro (Alfonso de Valdés), ni José Luis Madrigal (que postula, con rigor chiflado, a Francisco Cervantes de Salazar, inmigrante a México). Cada uno defiende a sus candidatos como si en ello les fuera la vida —o más aún: la plaza docente —. Ríos de tinta mezclada con sudor y lágrimas.

Llevo años tratando de purgarme de la curiosidad por saber quién escribió el *Lazarillo*. Es un ejercicio de desapego tan arduo que lo recomiendo a los budistas para ponerse en camino hacia el nirvana. En mi casa, la renuncia al deseo de conocimiento es un gesto a favor del propio Lázaro de Tormes. No quiero que ningún personaje histórico venga a enturbiar mi relación con él, a distraerme de lo que Lázaro quiere decirnos. Como nos ha enseñado Francisco Rico, el anonimato contribuye al esplendor de la obra.

Si mi expectativa de vida fuera de mil años, dedicaría unos cuantos a refutar el caso de cada uno de los presuntos autores. Coincido con Rosa

Navarro en que hay una injusticia cósmica en no reconocer al autor de un clásico como el *Lazarillo*, pero así lo quiso él al dar la obra a la imprenta anónimamente; fue, con todo respeto, un pusilánime: si tanto quería ser recordado por su obra, debió haberse arriesgado a perderlo todo por ella, incluso la vida. Al Santo Oficio le habría encantado procesarlo, y nosotros lo recordaríamos hoy en día como el más grande mártir de la literatura.

La disputa por el autor no es exclusiva del *Lazarillo*. Acerca de la autoría *real* de las obras shakesperianas existen teorías auspiciadas por la escasez de datos biográficos sobre el misterioso dramaturgo. En el siglo XIX, el culto romántico del genio dio lugar a grandes disparates. Delia Bacon, autora norteamericana, se retiró de la vida pública para desarrollar su teoría sobre la autoría colectiva de la dramaturgia de Shakespeare, pseudónimo asumido por un grupo de intelectuales prominentes (Francis Bacon a la cabeza) para difundir un nuevo sistema filosófico. Su libro *The Philosophy of the Plays of Shakespeare Unfolded*, publicado en Londres en 1857, es una obra paradigmática de la locura de las letras. Fernando Pessoa, cuya libromanía fue moderada gracias a otros vicios, también sucumbió a la polémica Shakespeare-Bacon. Pessoa contrasta al Shakespeare-actor con el Shakespeare-autor. De acuerdo con él, el actor era un «maquinador estúpido» que jamás podría haber escrito un *Hamlet* o un *Julio César*. Dado que dos de sus hijas fueron iletradas, Pessoa concluye sarcásticamente que «el mejor modo de ser analfabeto —pudiendo no serlo — consiste en tener por padre al mayor poeta del mundo».

Buscar que la personalidad de nuestros escritores tutelares coincida con la idea que tenemos de ellos es una forma de proyección muy parecida a la del enamoramiento. A través de las obras nos formamos una imagen idealizada de sus creadores. Como nos sentimos los lectores ideales del texto, se sigue que sus autores son nuestros interlocutores perfectos. El efecto más deletéreo de la locura de las letras es la idolatría del autor —ya sea humano o divino—, porque nos distrae de las verdades literarias y propicia conductas irracionales como acudir a presentaciones de libros y comprar carísimas ediciones autografiadas. ¿Quién escribió el *Lazarillo*? La respuesta más verdadera a esta pregunta es Lázaro González Pérez, nacido en la ribera del Tormes a principios del siglo XVI.

21

Soy una persona muy solitaria. De mis dieciséis horas de vigilia diaria, al menos diez transcurren en soledad. No pretendo, sin embargo, pasarme todo ese tiempo leyendo; a veces me divierto elaborando teorías literarias…

Giuseppe Tomasi di Lampedusa

Los libros no llevan prisa. A veces les toma siglos llegar a sus lectores. Cruzan lenguas, religiones y continentes. En el camino puede caérseles el nombre del autor. El anonimato los fortalece. Se imprimen a raudales para satisfacer la demanda artificial de los liceos y facultades. Alguien toma uno y se halla, de pronto, a gusto entre sus letras, más a gusto entre ellas que entre los compañeros del colegio, más a gusto que en las fiestas ruidosas y las comidas familiares. Para huir del tedio de las conversaciones huecas, se incorpora a la tribu de los lectores compulsivos. Un buen día termina prefiriendo la compañía de los libros a la de las personas. Ya no hay regreso.

Mi primer noviazgo adolescente fracasó, entre otros motivos, porque los viernes por la noche yo prefería quedarme a leer en casa que salir de fiesta o ir al cine. Una noche me hallé tan enfrascado en la lectura de Harry Potter —no me avergüenza confesarlo—, que me mostré indiferente a las amenazas de mi novia, y apenas dos meses después de haber abandonado el club del celibato volví a él por la puerta grande, leyendo una novela insulsa hasta el amanecer. Desde entonces anhelaba encontrar a una compañera que prefiriera la compañía de los libros a la de los humanos —he tenido suerte—.

La misantropía es el peor de los efectos de la manía lectora. Hay que vacunarse contra ella platicando sobre libros, procurando la compañía de lectores adictos. No hay borracho más triste que el solitario, que el empeñado en beber a solas con sus fantasmas.

Peter Kien, el personaje de Canetti, es un misántropo de las letras que me resulta bastante antipático, y por eso no he escrito mucho sobre él. Hay otro que, por el contrario, cuento entre mis mejores amigos: el profesor Rosario La Ciura, personaje de Giuseppe Tomasi en el relato «El profesor y la sirena». Giuseppe Tomasi fue un Quijote siciliano que en vez de armarse caballero se volvió escritor. Vivió entre 1896 y 1957, y no era hidalgo sino príncipe de Lampedusa, una isla yerma y diminuta al sur del Mediterráneo, conocida últimamente por el arribo cotidiano de miles de migrantes

africanos a sus costas. Cada vez que leo noticias sobre la isla de Lampedusa, muchas veces trágicas, me acuerdo de Giuseppe Tomasi y su indigencia nobiliaria, su altivo desprecio hacia un mundo en el que no cabía y contra el que se rebeló a través de una literatura triste y hermosa. Javier Marías lo ha retratado en sus *Vidas escritas* como un lector «insaciable y obsesivo». Pasó la mayor parte de su ociosa existencia leyendo. Las *Lecciones sobre Stendhal* y las *Conversaciones literarias* son testimonios de un fervor literario absoluto. *El gatopardo*, su única novela, es un portento de estilo y nostalgia, un seductor alegato contra la fe en el progreso. Mario Vargas Llosa ha escrito sobre ella palabras muy justas en *La verdad de las mentiras*; ahí nos recuerda que la belleza fingida de las novelas puede empobrecer la vida que vivimos, y enemistarnos con ella. Eso le sucedió sin duda a Lampedusa y al más singular de sus personajes, el senador Rosario La Ciura, un lector maniático ejemplar.

Lampedusa probablemente escribió el relato de «El profesor y la sirena» en 1956, al regresar de un viaje por Augusta, en la costa oriental de Sicilia. Lo ubica significativamente en el otoño de 1938, en vísperas de la guerra. El narrador, Pablo Corbera, es un cínico periodista que entabla en un café de Turín una amistad improbable con Rosario La Ciura, senador retirado, helenista erudito, autor de numerosas obras de referencia sobre los dialectos jónicos, que a los veintisiete años había conseguido la cátedra de literatura griega en la Universidad de Pavía. En sus conversaciones con el joven periodista, La Ciura hace comentarios extraños, llenos de amargura y desdén hacia la humanidad, en particular cuando esa humanidad es cristiana o femenina. Poco a poco descubrimos que no se trata de una misoginia rastrera, sino de un desprecio divino cuyo origen se remonta a la juventud del sabio.

Cuando tenía 24 años, La Ciura ya era doctor en filología clásica y se disponía a concursar por la cátedra en la Universidad de Pavía. Tuvo que prepararse durante dos años de estudio maniaco. Un día, un amigo lo encontró «mientras vagaba trastornado por las calles musitando versos griegos». Le advirtió que si seguía así iba a volverse loco, y le ofreció una casa en la costa de Augusta para que fuera a despejarse durante el verano. Así que el joven doctor La Ciura se fue con sus libros a seguir estudiando en la playa, aislado por completo de la sociedad. El campesino que de vez en cuando le llevaba víveres lo creía «al borde de una peligrosa locura». Todas las mañanas, Rosario abordaba un bote de remos y se iba a declamar poemas clásicos a la sombra de un peñasco, mecido por las olas. Fue ahí donde conoció a Liguea, hija de Calíope, una sirena. Dejo su descripción física a Lampedusa, capaz de emocionar al más frío de los cuerpos. Cito nada más lo que dice sobre su voz:

> Era algo gutural, velada, resonante a causa de innumerables sonidos armónicos;

> en ella se advertían, como fondo de las palabras, las resacas perezosas de los mares estivales, el susurro de las últimas espumas en la playa, el paso de los vientos sobre las olas lunares. El canto de las sirenas, Corbera, no existe; la música a la que no se puede escapar es solamente la de su voz.

¿Qué atrajo a Liguea hacia el joven Rosario? Acaso fue justo la música del griego antiguo que él recitaba, acaso la mención de navegantes que ella había conocido siglos atrás, acaso la locura literaria del helenista, transportado por los libros a un mundo de dioses silvestres junto a los que palidecía cualquier belleza humana —incluso la de Claudia Cardinale, la Angélica de *Il Gattopardo* filmado por Visconti—.

A fines del verano, Liguea dejó a Rosario. Él no pudo, ni quiso, olvidarla. Desde entonces vivió amargado por el contraste entre la dicha de aquel encuentro auspiciado por los excesos de la lectura, y la mediocridad de su vida, llena de ceremonias, publicaciones académicas y doctorados *honoris causa*. El final de «El profesor y la sirena» evoca el misterioso caso del físico Ettore Majorana, que no describo para no arruinarle al lector de Lampedusa la dicha de sorprenderse. Baste decir que el relato concluye con un apunte veloz sobre los estragos de la guerra y sobre el destino de los libros del profesor La Ciura: pudrirse en el sótano de la universidad. No puedo concebir final más amargo. Incluso la hoguera es más noble para los libros que la putrefacción. Comparado con este relato, *Auto de fe* de Canetti tiene un final feliz.

«El profesor y la sirena» es el texto más largo de los *Racconti* de Lampedusa, editados en 1961, cuatro años después de su muerte. *El gatopardo* se había publicado en 1958, también de forma póstuma, pues Einaudi y Mondadori habían rechazado la novela en vida del autor. Vargas Llosa atribuye este dislate editorial a las corrientes ideológicas que dominaban la cultura de entonces. Como muchos otros lectores compulsivos, Lampedusa no cabe en el mundo, llegó tarde a la historia —a otros, como sor Juana, se les hizo temprano—. A pesar de su melancolía, los libros del siciliano nos conducen al mejor de los mundos posibles, donde la belleza redime del absurdo la vida cotidiana. De eso se trata para mí el *Quijote* y también la historia de este príncipe sombrío que en dos años logró escribir una obra deslumbrante, cuya luz emana de los libros, solamente, porque la vida de Lampedusa fue tan árida y solitaria como su isla.

22

La verdadera soledad del lector se da cuando nadie más procura los libros que a él le gustan. Es triste que uno se hiperventile leyendo a Virgilio y que a los demás no les provoque más que bostezos. El yonqui de las letras es proselitista. Su vicio prospera en el contagio. No es celoso ni elitista. Le gusta prestar sus libros aunque sepa que corre el riesgo de no volver a verlos nunca. No puede evitarlo.

Me apena pensar que cada día resulta más difícil acercarse a la poesía de sor Juana. El declive de la ideología católica y la cultura sentimental en las que ella vivió nos impide leerla con frescura. El poder psicodélico de su literatura depende de hábitos y referencias ajenos a la inmensa mayoría de los lectores contemporáneos. ¿Hará falta convertirnos en lectores anticuados para disfrutarla? En absoluto, pero es necesario ejercitar cierta sensibilidad barroca, el gusto por lo difícil y conceptuoso. Su belleza no está de moda. ¿Puede haber juicios atemporales? ¿Shakespeare será inmenso en cualquier situación? Imposible. No hay lector universal. Pero se puede, de manera consciente y circunstancial, forjarse uno como lector de ciertas obras distantes. Volverse, a fuerza de reincidencias y lecturas periféricas, novohispano, japonés o medieval. La recompensa es grande. Pocas veces he sentido un deslumbramiento semejante al que me produjo leer por primera vez —a solas, en voz alta— los parlamentos de *El divino Narciso*, un auto sacramental en el que sor Juana es al mismo tiempo devota, blasfema, barroca y surrealista.

El *Primero sueño* —975 versos de viaje astral por el conocimiento de aquella época— es un poema muy demandante. Hoy en día resulta casi ilegible. Uno sufre de verdad para entenderlo. ¿Cómo no? Fue escrito para emular las *Soledades* de Góngora, pero en vez de tratarse de asuntos pastoriles, habla de anatomía, arquitectura, filosofía. Su dificultad sintáctica se exacerba por el tamaño descomunal de sus paréntesis y la oscuridad de sus referencias. En sus mejores tiempos, la literatura no escatima demandas. A cambio de la luz nos pide todo.

El *Sueño* acaba con la llegada de la Aurora, «amazona de luces mil vestida, / contra la noche armada». La Aurora guerrea contra las sombras, las persigue, no deja cosa sin color y le devuelve «a los sentidos exteriores / su operación, quedando a luz más cierta / el mundo iluminado, y yo despierta». Cuando sor Juana despierta del sueño arrogante de la omnisciencia, el mundo queda iluminado por una *luz más cierta*. ¿Qué luz?

Tal vez una que viene de las letras mismas. En los sueños uno casi siempre ignora que está soñando. Con los libros es distinto. Uno sabe mientras los lee que puede cerrarlos cuando quiera, que uno se puede saltar un párrafo o asomarse al final. La conciencia de estar interpretando una representación permite ejercer control sobre ella. En los sueños somos víctimas de sustos, orgasmos y taquicardias. En los libros tenemos mayor dominio.

Aunque tome por verídicos los hechos, por buenos los valores, por bellos los dichos, el lector se percata de la intermediación literaria entre su mente y la realidad. El protagonista de *Continuidad de los parques* de Julio Cortázar es una excepción que nos recuerda la importancia de reconocer quiénes somos adentro de los libros: en toda literatura, el lector también es personaje, tiene un papel dictado por las letras, es parte de un orden alternativo, una dimensión imaginaria de la existencia. Ese orden es una victoria —pasajera, simulada— sobre el caos de este mundo, sobre el sinsentido de la existencia y de sus sinsabores —muertes, rupturas, suplicios, enfermedades—. El caos se ensaña con los introvertidos. Leer es un antídoto ideal para nosotros.

De tanto leer sobre lectores he llegado a creer que eso nos une: somos vitalmente voraces e irremediablemente introvertidos; nuestra brújula gira como loca entre el sur de los adentros y el norte del exterior. La vida interior nos fascina y asfixia al mismo tiempo. La locura mana de esta contradicción.

Vida interior: imaginación, memoria, autoconciencia, soledad. La soledad nos empuja a los libros. La incomprensión. La soledad es patrimonio de los inadaptados. Yo siempre lo he sido, y solo, feliz. Pero también somos, profunda contradicción, animales de compañía, gregarios hasta la médula, aficionados al acicalamiento, el apapacho, la plática. Hijos del lenguaje que viene de los otros. Ya Wittgenstein, filósofo excepcional, rebatió la posibilidad de un lenguaje privado. No somos tigres para acechar callando. Y por eso la soledad del tímido, la huraña, el despistado, la torpe que no puede correr sin tropezarse, el que no se halla en las fiestas, la soledad curiosa, penetrante, el entusiasmo tímido que recala en los libros donde halla la amistad de otros fantasmas.

Los libros no nos hacen mejores en ningún sentido —si acaso pulen la ortografía y aumentan el vocabulario—. Ni más nobles, sabios, empáticos o inteligentes. Los libros han marcado la historia de nuestra civilización alfabética, pero no nos vuelven moralmente superiores. Recuérdese a Hitler cuando alguien diga que los libros purifican el alma.

Acaso los lectores compartimos una inclinación que no se explica más que por el carácter retraído y la avidez intelectual. Nacimos extravagantes, raros, locos, vida extraterrestre que viaja en ovnis rectangulares formados por decenas de láminas de celulosa cocida por el lomo e inscrita con

pequeños garabatos.

Francisco de Quevedo le habla desde la Torre de Juan Abad a su amigo José Antonio González de Salas, misántropo erudito, quejumbroso y latinista:

> Retirado en la paz de estos desiertos,
> con pocos, pero doctos libros juntos,
> vivo en conversación con los difuntos,
> y escucho con mis ojos a los muertos.
>
> Si no siempre entendidos, siempre abiertos,
> o enmiendan, o fecundan mis asuntos,
> y en músicos callados contrapuntos
> al sueño de la vida hablan despiertos.
>
> Las grandes almas que la muerte ausenta,
> de injurias de los años vengadora,
> libra, ¡oh gran don Joseph!, docta la imprenta.
>
> En fuga irrevocable huye la hora;
> pero aquella el mejor cálculo cuenta
> que en la lección y estudios nos mejora.

No tengo nada que agregar a este soneto, himno superior de nuestra tribu. En él figura la parranda silenciosa con los libros, el sueño de la existencia, el hambre de vivirlo todo intensamente. *En fuga irrevocable huye la hora:* la vida es poca para tanto libro. Cada quien rebusque en sus adentros por qué ama la lectura. No sé qué clase de estrella o accidente nos reúne, santos y editores, monjas y criminales, poetas y luteranos. Masa lectora, tribu dispersa, somos legión.

23

Mi última noche en el Vaticano bajé a despedirme de los amigos. Me calcé las mulas pontificias y emprendí el camino desde el Palacio Apostólico hacia la Biblioteca. Hice una escala en la Sala Regia para mirar por última vez —puesto que la entrada está prohibida a los turistas— el fresco de *La batalla de Lepanto* de Giorgio Vasari, una de mis pinturas favoritas del siglo XVI (la otra es *La dama de lince*, el retrato de la infanta Catalina Micaela atribuido con bastante seguridad a Sofonisba Anguissola).

Mi papado llegaba a su fin porque la lectura concienzuda de la Biblia había emponzoñado sin remedio mi relación con la Iglesia católica. Ya no quería leer más ese libro causante de tantos malentendidos. No era honrado que un adolescente incrédulo y onanista siguiera ocupando la silla de san Pedro. Con tristeza debía marcharme en pos de otras fantasías.

Pasé un buen rato contemplando la obra comisionada por Pío V para conmemorar la victoria de la Santa Liga —España, Venecia y los Estados Pontificios— contra los turcos el 7 de octubre de 1571 en la batalla de Lepanto, a las orillas de Grecia continental. Vasari completó la pintura en un tiempo récord de quince días entre abril y mayo de 1572. Se trata de una representación magnífica del momento álgido de la lucha, cuando las galeras enemigas comienzan a embestirse con violentos golpes de espolón. Un bosque de mástiles, una muchedumbre de soldados, un mar teñido de sangre, anegado de cuerpos, cientos de arqueros otomanos y arcabuceros cristianos en duelo fatal y azaroso. El movimiento que anima la pintura es un prodigio. Es la obra maestra de Vasari.

En primer plano la Fe personificada con una cruz al hombro atestigua la batalla. Entre las nubes, Jesucristo empuña un rayo y se prepara a proyectarlo contra los infieles. Al lado contrario del cielo, una chusma demoniaca huye despavorida de la furia divina. Una larga serpiente cruza la entrepierna de un súcubo y evoca un pene infernal.

Miro arrobado, poseído por el sentimiento de lo sublime, esa mezcla kantiana de admiración y pánico. Pienso que en una de esas embarcaciones propulsadas por cientos de galeotes encadenados, en la galera Marquesa, se encuentra el afiebrado Miguel de Cervantes Saavedra. Vasari lo pintó sin conocerlo, apoyando sobre la batayola el arcabuz caliente de tanto disparar. Cervantes enalteció esta batalla en los prólogos a las *Novelas ejemplares* y a la Segunda Parte del *Quijote* como «la más alta ocasión» de la historia, y es fácil estar de acuerdo con él al ver en esta sala

papal la pintura de Vasari donde la lucha adquiere dimensiones cósmicas.

A primera vista, la escena resulta caótica, bulliciosa, abigarrada. Predominan los tonos grises y sepia. El mar se confunde con el cielo y unos fragmentos de costa figuran, bucólicos e indiferentes, al fondo y en la sombra. Hay humo de cañones, casi se oye el ruido de la pólvora tronando contra el metal. No se aprehenden tan rápido los detalles, la presencia del comandante Juan de Austria, hijo natural de Carlos V, y de Alí Pasha, célebre marinero otomano. No se adivinan las causas inmediatas —el asedio turco sobre Chipre, la escasez de grano en Venecia— ni las profundas —la disputa imperial por el Mediterráneo—. No se alcanza a ver la mano herida de Cervantes, ni la agonía de los cuarenta mil hombres que murieron aquel día —unos treinta mil del lado turco y el resto del cristiano —.

Me gusta el retrato de los *putti* iracundos, angelitos desnudos y alados, metidos de lleno en la batalla, lanzando relámpagos contra el Turco desde la nube celestial. Aquí no hay tantos detalles como en un retablo flamenco. Al contrario, los motivos hacinados se repiten obcecadamente, creando una atmósfera asfixiante. Supongo que alguno de estos *putti* ha sido destinado a echar una mano al soldado Cervantes, que pasados treinta y pocos años tendrá una importante tarea por cumplir. San Jerónimo, que siempre fue un librómano, le habrá dado esa misión particular al angelito, sin explicarle por qué. De ahí que este Cupido vuelto a lo cristiano lance sus descargas eléctricas contra los jenízaros que atacan al muchacho alcalaíno, cuyo pecho incuba a nuestro *Quijote*, y que cuando una bala o flecha vuela rumbo a su cuerpo, el niño sopla para desviarla de los órganos vitales. Una fue a dar en la mano izquierda, pero como Cervantes escribiría con la derecha, poco le importó al niño guardián. El caso era dejarlo vivo y cuerdo. Le faltaba mucho por crear. En esta escena que contemplo por última vez en mi calidad de Santo Padre, se juega el futuro de la literatura universal.

Me agrada también esta obra porque la asocio con uno de mis libros de historia favoritos, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, en el que Fernand Braudel describe con prosa acogedora los antecedentes, circunstancias, hechos y consecuencias de la batalla. Hay quien dice que Lepanto marcó el fin de la amenaza turca contra Europa. Otros opinan que no cambió casi nada. Braudel, muy inspirado, afirma: «Lo único que podemos decir es que Lepanto solo era una victoria marítima, y que, en este mundo líquido y circundado por tierras, no podía bastar para destruir las raíces turcas, que son largas raíces continentales». Recuerdo el gozo de leer las cerca de dos mil páginas de esta historia tan variopinta, donde igual hay descripciones orográficas que epidemiológicas, políticas, económicas y literarias. Sin el *Mediterráneo* de Braudel no habría podido comprender tantas cosas en aquella obra de Vasari. A menos que se

inventen injertos cognitivos al estilo de los que introducen al cerebro de Neo en la película *Matrix* para enseñarle artes marciales, la lectura de libros seguirá siendo el camino más directo y fecundo hacia el conocimiento. La densidad epistémica de un libro no tiene rival.

Con los ojos llenos de Lepanto, crucé la Capilla Sixtina, cuya belleza *softporn* nunca me ha emocionado, e hice una gira de despedida por el resto de los Museos Vaticanos antes de encaminarme hacia la Biblioteca. Ahí me esperaban los códices que había mandado pedir a mi camarlengo por la tarde. Estaba la *Divina comedia* del duque de Montefeltro, el *Sacramentario gelasiano* —uno de los más antiguos manuscritos merovingios, ilustrado con fabulosos motivos celtas—, el *Vergilius Vaticanus* y varios otros manuscritos de los que me despedí con una lánguida caricia.

Por último, abrí la edición príncipe del *Apocalipsis cum figuris*, cuaderno de grabados de Alberto Durero, impresos en Núremberg en 1498. Con manos temblorosas, desgarrado por la idea de no volver a tocar este incunable, fui al folio cinco, lado recto, y miré la extraña escena de Juan de Patmos devorando un libro, recibiéndolo de la mano del ángel y dejándolo entrar a su boca como un licor sagrado. El pasaje que el grabado ilustra se encuentra en el capítulo diez del Apocalipsis (versículos 8 al 11), que cito por la versión de Casiodoro de Reina:

> Y la voz que oí del cielo hablaba otra vez conmigo, y decía: ve, y toma el librito abierto de la mano del ángel que está sobre el mar y sobre la tierra. Y fui al ángel, diciéndole que me diese el librito, y él me dijo: Toma, y trágalo; y él te hará amargar tu vientre, pero en tu boca será dulce como la miel. Y tomé el librito de la mano del ángel, y lo devoré; y era dulce en mi boca como la miel; y cuando lo hube devorado, fue amargo mi vientre. Y él me dice: necesario es que otra vez profetices a muchos pueblos y gentes y lenguas y reyes.

En el grabado de Durero, un cisne bebe del agua, una carabela se aleja, el ángel es un rostro circundado de rayos y niebla de la que emerge una mano con el libro abierto hacia Juan. Las letras fluyen sobre el papel para escurrirse dentro de la boca del profeta. Las letras saben dulces para su boca y son amargas para su vientre —recuérdense los comentarios del médico Tissot sobre los efectos gástricos de la lectura excesiva—. A la orilla del mar, junto a Juan de Patmos, se encuentra el propio Apocalipsis que está escribiendo, pluma y tintero, también.

Durero realizó esta serie de quince xilografías a los veintisiete años, y fue su catapulta a la fama. Mucha gente esperaba el fin del mundo en 1500. El grabado de la llegada de los cuatro jinetes del Apocalipsis sigue siendo una de las obras de Durero más conocidas. Pero el grabado del bibliófago, mucho menos conocido, tiene *punctum* para mí. Es la boca abierta, el rostro poseído, el arrebato en los gestos del autor. En esa

imagen, fruto de una imaginación desorbitada, se halla la alegoría pictórica de esta locura nuestra. Devoramos libros porque nos saben dulces aunque nos sienten mal.

Esa última noche en el Vaticano me quedé largo rato mirando aquella imagen de Durero como si se tratase de un espejo. Cerré el cuaderno, me levanté de la silla y salí de la Biblioteca. Al pasar por el Salón Sixtino, sentí que el retrato de san Pablo me seguía con la mirada. Pensé que las muchas letras me estaban volviendo loco. Y sonreí.

San Juan devora el libro de la vida, Alberto Durero.
Impreso en Núremberg, 1498

ALGUNAS FUENTES

Apocalipsis cum Figuris. Grabados de Alberto Durero, Núremberg, 1498. [Edición digital de la copia vaticana: http://digi.vatlib.it/view/Stampe.III.172]

ALATORRE, Antonio, «Contra los denigradores de Lázaro de Tormes», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. L, núm. 2, julio-diciembre, 2002, pp. 427-455.

—— «Invitación a la lectura del *Sueño* de sor Juana», en ed. conjunta de Luis de Góngora, *Soledades* (ed. A. Carreira) y sor Juana Inés de la Cruz, *Primero sueño* (ed. A. Alatorre), México, Fondo de Cultura Económica, 2009.

ALEMÁN, Mateo, *Ortografía castellana* [ed. príncipe, México, 1609], México, El Colegio de México, 1950.

BARTHES, Roland, *La Chambre claire. Note sur la photographie,* París, Gallimard, 1980.

BRAUDEL, Fernand, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1987. Trad. de M. Monteforte Toledo, W. Roces y V. Simón.

CANETTI, Elías, *Auto de fe*, Barcelona, Muchnik, 1981 (2ª ed.). Trad. de J. J. del Solar.

CAVALLO, Guglielmo y Roger CHARTIER (dir.), *Histoire de la lecture dans le monde occidental*, París, Éditions du Seuil, 2001.

CERVANTES, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, ed. del Instituto Cervantes, 1605-2005 (dir. F. Rico), Barcelona, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, 2004.

CHARTIER, Roger, *Sociedad y escritura en la Edad Moderna. La cultura como apropiación,* México, Instituto Mora, 1995. Trad. de A. García Bergua y P. Villegas.

ECO, Umberto, *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*, Barcelona, Lumen, 1993. Trad. de R. Pochtar.

FEBVRE, Lucien y Henri-Jean MARTIN, *L'apparition du livre*, París, Alvin Michel, 1958.

FRENK, Margit, *Entre la voz y el silencio. La lectura en tiempos de Cervantes*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

GREENBLATT, Stephen, *El giro. De cómo un manuscrito olvidado contribuyó a crear el mundo moderno*, Barcelona, Crítica, 2014. Trad. de J. Rabasseda y T. de Lozoya.

LÁZARO CARRETER, Fernando, *«Lazarillo de Tormes» en la picaresca*, Barcelona, Ariel, 1972.

LEADER, Darian, *¿Qué es la locura?*, México, Sexto Piso, 2013. Trad. de R. Vicedo Artero.

MCLUHAN, Marshall, *La galaxia de Gutenberg*, México, Origen/Planeta, 1985. Trad. de J. Novella.

PESSOA, Fernando, *Escritos sobre genio y locura*, Barcelona, Acantilado, 2013. Trad. de J. Pizarro.

PRECIADO, Paul B., *Manifiesto contrasexual*, Barcelona, Anagrama, 2011. Trad. de J. Díaz y C. Meloni.

RYBACK, Timothy W., *Hitler's Private Library*. *The Books that Shaped his Life*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2008.

SAFRANSKI, Rüdiger, *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán* [2007], México, Tusquets, 2014. Trad. de R. Gabás.

VILLACAÑAS, José Luis, *Freud lee el «Quijote»*, Madrid, La Huerta Grande, 2017.

YNDURÁIN, Domingo, *Estudios sobre Renacimiento y Barroco*, Madrid, Cátedra, 2006.

Carta de Gian dei Brughi al autor

(Edición de Amelia de Paz)

[Carta de Gian dei Brughi al autor]

Toqué, Giorgio preclaro, en mala hora
Robín de la foresta sin Mariana
ni remisión la meta pirroniana.
El saldo de mi andanza pecadora
de mi gañote penderá a la aurora.
¡Oh beatísimo Giorgio, oh soberana
luz de la Biblioteca Vaticana!
Aplaza la sentencia aterradora
a un alma cosquillosa que se emperra
porque su Christian Grey no ha terminado.
¡Que voy aún por la sombra treinta y pico!
Dios te guarde y prodigue aquí en la Tierra
los plúteos que ya llora este cuitado.
De la mazmorra, hoy miércoles. Juanico.
Posdata:
Bajo el nogal que mira hacia la sierra
te dejo en una bolsa del mercado
un Darwin que sustraje a un dominico.

Transcripción a partir de un manuscrito en letra bastarda de finales del siglo XVIII conservado en el Archivo Histórico del Colegio de México, cuya noticia debo a Martha Lilia Tenorio. Se trata de una cuartilla opistógrafa de 21 x 15 cm, con marcas de dobleces, bordes irregulares y manchas de humedad en la parte inferior derecha. Se halla inserta sin numerar entre los folios 86 y 87 del legajo T24/09 (*olim* caj. 326), volumen acéfalo de procedencia desconocida que contiene documentación novohispana de asunto jurídico correspondiente a los siglos XVIII-XIX. Agradezco a la profesora Tenorio su generosidad y la benevolencia con que ha supervisado estas notas.

Se reproduce el texto en su integridad, modernizando ortografía y puntuación. En el reverso puede leerse: «Ioha[nn]es Brucorum», precedido de una palabra (quizá dos) ilegibles por un borrón. El epígrafe es añadido conjetural nuestro; para la autoría del poema, véase la nota siguiente.

Epígrafe. Constituye esta composición una gota de agua en el océano de la epistolografía en verso, del que la Biblia, Horacio, las *Heroidas* de Ovidio, la *Epístola a Boscán* de Garcilaso de la Vega o la *Epístola moral a Fabio* son solo algunas de sus crestas. Sabido es que en el siglo XVIII, de la mano de la hueste ilustrada, el género epistolar vive una efervescencia, si bien predominantemente en prosa. Tal atmósfera habrá nutrido la inspiración del bandolero ligur Iohannes Brucorum, más conocido

como Gian dei Brughi, que tuvo su *floruit* en la segunda mitad del siglo y es el presumible autor de esta carta. Gian dei Brughi, a quien Italo Calvino retrata en *Il barone rampante* (1957), adquirió renombre por toda la República de Génova con sus correrías en los bosques de Ombrosa. Por influencia del barón Cosimo Piovasco degeneró en yonqui de las letras, lo que reblandeció su espíritu y menguó considerablemente su propensión al latrocinio. Fue apresado y conducido al cadalso en fecha imprecisa. Que Dei Brughi llegó a ser un lector voracísimo está fuera de duda; sin ir más lejos, consta que en el momento de su captura se hallaba hincándole el diente a la opípara *Clarissa* de Samuel Richardson (1748). Pero ¿dominaría el arte de la versificación como para haber alumbrado en la ergástula este alambicado soneto caudato? Y de no ser así, ¿quién sería el Rustichello de nuestro Marco Polo? En cualquier caso, todos los indicios, tanto externos como internos, mueven a pensar que la misiva es auténtica y no traslado del original ni menos aún superchería de algún desocupado impío.

1 *Giorgio preclaro*: Se trata del papa Giorgio, primero y último de este nombre, que ocupó subrepticiamente la silla de Pedro por tiempo sin determinar durante el pontificado de Pío VI (1775-1799), y que con las mismas con que vino se fue por donde había venido. Se desconoce su identidad; sus nulas dotes ecuestres y su temperamento apacible apuntan a que el nombre papal con que se coló en los dobladillos de la Historia no proviene de san Jorge de Capadocia, el hijo de Policromía, sino de su devoción por Virgilio. Destacó por su precocidad y su amor a la gastronomía y a las letras. Ocupó los días de su mandato discretamente recluido en la Biblioteca —lo que explica la invocación de los versos 6 y 7 siguientes—, delegando la suerte de los Estados Pontificios en los hombros del atribulado Pío. Se le atribuye una traducción del libro IV de las *Geórgicas* en endecasílabos de gaita gallega. En la bula *Digitus impudicus* condenó la papiroflexia y el veganismo. Abandonó inesperadamente la tiara, y su renuncia se achacó a la bibliomanía, que lo habría conducido a la incredulidad, pero de hecho estuvo provocada por la alergia que le causaban las hojas de higuera que uno de sus inmediatos predecesores, Clemente XIII, había hecho colocar sobre los genitales de las estatuas del Vaticano. Tras dejar Roma, Giorgio se estableció en Jena y años más tarde pasó a Nueva España, donde se le pierde la pista. Durante el Interregno (1799-1800), su figura fue objeto de acaloradas controversias acerca de la bicefalia, la macrocefalia, la oligofrenia, la menopausia y el libre albedrío. Con la llegada de Napoleón sufrió una indeleble *damnatio memoriae*.

2 *Robín de la foresta*: Dilogía (*robín* es diminutivo afectivo de 'ladrón' y alusión al legendario forajido de los bosques de Sherwood). *Mariana*: Suponemos que se refiere a *lady* Marian, esposa de Robin Hood —en cuyo caso estaríamos ante una antonomasia de la *donna angelicata* o el eterno femenino (*das Ewig-Weibliche*)—, y no a alguno de los numerosos tratados del jesuita español Juan de Mariana (1536-1624), que asimismo vienen al caso (como por ejemplo su *De monetae mutatione*, de 1609, crítica de la devaluación del vellón incluida en el *Index*).

3 *meta*: «En el circo romano, pilar cónico que señalaba cada uno de los dos extremos de la espina» (*drae*). Aquí, en sentido figurado; *tocar la meta* significa aproximarse peligrosamente al límite de la existencia («metam tangere vitae», Ovidio, *Tristia*, 1, 9, 1). *pirroniana*: El mucho robar debió de volver escéptico a Gian dei Brughi. Sobre Pirrón de Elis (*ca*. 360-270 a. C.), véanse las aquilatadas reflexiones de fray Benito Gerónimo Feijoo en el tomo III, discurso XIII, del *Teatro crítico universal* (1729).

4 *gañote*: Voz germanesca ya reprobada por Gonzalo Pérez de Ledesma en su *Censura de la elocuencia* (1648, cap. XIII, pp. 97-98). El *Léxico del marginalismo* de J. L. Alonso Hernández (Salamanca, Universidad, 1977) la documenta con un ejemplo de Torres Villarroel. *aurora*: Concesión al lirismo para compensar la truculencia del verso.

5 *beatísimo* (padre): «Tratamiento que se da al papa» (*drae*). Y a la vez, 'felicísimo' (de *beatus*, 'feliz'; cultismo de acepción), por contraste con la desdichada suerte del emisor.

8 *Aplaza la sentencia aterradora*: Esto es, la condena de muerte. Cuesta creer que un espíritu compasivo como Giorgio desoyera la súplica del maleante y no lo librara de la horca (definitiva, no transitoriamente). Que recibió la carta parece probable, puesto que uno y otra fueron a parar a México —y entendemos que no por caminos separados—. Pero tal vez nunca llegara a leerla, traspapelada acaso entre la abundante correspondencia pontificia.

9 *alma cosquillosa*: Nótese la desenvoltura cuasiherética y salaz de la expresión.

10-11 Referencia a la novela cortés *Noventa y nueve sombras de Grey*, compuesta en lengua de oc hacia 1188 por Pau Bearnensis, eremita del valle de Arán, y pronto vertida al arpitano. Fabula la relación entre Abelardo y Eloísa desde su primer encuentro hasta el nacimiento de Astrolabio. El protagonista, Christian Grey (*id est*, 'Rebaño de Cristo'), astigmático y alopécico, es una alegoría de la condición humana. Imbuida de un milenarismo tardío, se cree que pudo inspirar a Petrarca. Su popularidad en Europa durante la segunda mitad del siglo XVIII estimuló la génesis de *Les liaisons dangereuses* de Pierre Choderlos de Laclos (1782). En tiempos recientes ha dado lugar a un exitoso epítome que mutila los pasajes más escabrosos.

11 *aquí en la Tierra*: Ripio pleonástico. El ostensible desfallecimiento de la musa en el arranque del segundo terceto se explica por el carácter formulario de la despedida o bien por el comprensible anonadamiento que embargaría al poeta al llegar a este punto; recordemos que como emulador de Caco el sujeto lírico se sabe abocado en apenas unas horas a la séptima fosa del octavo círculo infernal (Dante, *Commedia*, *Inf.*, XXIV-XXV). El deíctico *aquí* posee una fuerte carga edípica: revela el deseo inconsciente de permanecer en contacto con la madre Gea que experimenta dicho sujeto y su terror al Averno (símbolo de castración).

12 *plúteos*: Enmienda *ope ingenii* de la lectura *glúteos* que presenta el manuscrito. Aunque esta última también hace sentido, ha de ser un *lapsus calami*, disculpable en un lector de las *Noventa y nueve sombras*, o deturpación de amanuense rijoso en el caso de que —en contra de lo que venimos sosteniendo— no nos hallemos ante el original autógrafo. La *lectio difficilior* parece la única viable: Gian dei Brughi, por su delicadeza moral, nunca se hubiera consentido obsequiar al sumo pontífice con una ordinariez.

14 Un escolio a lápiz con letra del siglo XX (a nuestro juicio, de mano de Alfonso Reyes) indica que este verso calca el último del soneto «Llegué, señora tía, a la Mamora», que Góngora dedicó a la toma del fuerte de la Mamora (actual Mehdia, Marruecos) por los españoles en 1614. La réplica sustituye por *mazmorra* el topónimo del original. El virtuosismo de nuestro autor alcanza a la combinación métrica, que reproduce con exactitud las rimas del dechado gongorino. Para el soneto de Góngora, véase Antonio Carreira (ed.), *Obras completas* de Luis de Góngora, vol. I (Madrid,

Biblioteca Castro, 2000), p. 426. No he tenido oportunidad de investigar en la Capilla Alfonsina de la Ciudad de México si Reyes es, como presumo, el responsable de la nota marginal y si realizó alguna pesquisa ulterior acerca de este poema.

15 *sierra*: Ha de ser la estribación de los Alpes ligures que se contempla desde el bosque de Ombrosa, dominio de Gian dei Brughi. El nogal podría ser el mismo en que se hallaba leyendo Cosimo la tarde en que conoció al bandido y lo ayudó a escapar de sus perseguidores (*Il barone rampante*, cap. XII).

16 *bolsa del mercado*: Ejemplo de catacresis o aprovechamiento ecológico con el que el malhechor habrá pretendido congraciarse con un papa respetuoso con la Naturaleza como Giorgio.

17 *Darwin*: No puede tratarse del *Origen de las especies* de Charles Darwin, que hasta la segunda mitad del siglo siguiente (1859) no verá la luz. Ha de ser alguna de las obras del abuelo de este, el polifacético Erasmus Darwin (1731-1802), también naturalista, médico, físico, fonetista, filósofo, poeta, sociólogo, pionero del evolucionismo y precursor de Baudelaire. Tanto su *Zoonomia or The Laws of Organic Life* (1796) como *The Temple of Nature* (1803) hubieron de circular clandestinamente en copias manuscritas antes de su publicación. *dominico*: Cualquier miembro de esta orden que pasara por Ombrosa. Raro era el que no albergaba un Darwin bajo los hábitos.